

CAPÍTULO XIII

De nuevo en su despacho, Zubrinic marcó el número de Nora Brazzola, y tampoco esta vez obtuvo respuesta. Lo desconcertaba el dinero de las cuatro cuentas. No la suma total: mucha gente, aparentemente pobre, tenía fortunas ocultas, acumuladas en una larga vida de privaciones diarias. Peso a peso, renuncia a renuncia, amasaban un capital que luego dejaban a los parientes o a la Iglesia. Debían de pasarse la vida contando, se decía Zubrinic, contando y diciendo no a todo lo que no fuera estrictamente necesario para la supervivencia. Ni se gozaban de los placeres ni se atendían los deseos, mientras la vida iba transcurriendo y apagando. O, lo que era peor, el placer se pervertía, y se encontraba sólo en la abstinencia y el deseo se satisfacía sólo atesorando el producto de las privaciones.

Zubrinic había observado más de una vez el fenómeno, que ya no le sorprendía. Lo que no encajaba en el esquema era la sofisticación con que se había sacado el dinero, primero, de los bancos, y, después, del país. La sofisticación y la celeridad. Las transferencias se habían hecho el lunes siguiente a la muerte, mucho antes de que pudieran iniciarse los trámites sucesorios. Esto indicaba que una de las mujeres -o las dos-, había actuado nada más enterarse de la muerte de la señora Modarelli, lo cual, a su vez, sugería que la anciana tenía las cuentas bien controladas y hubiera advertido en los resúmenes mensuales cualquier retirada de fondos.

Zubrinic tomó nota de preguntar al cartero si los extractos bancarios eran entregados en el domicilio. Aunque en el desván no había encontrado ni rastros de ellos, los sobres de cuatro bancos diferentes -cinco, contando la cuenta de la Banca Nazionale del Lavoro- no podían pasar inadvertidos ni al cartero más negligente.

En su juventud, Drago Zubrinic se había considerado un hombre intensamente político. Estaba afiliado a un partido y se alegraba de sus triunfos, convencido de que su acceso al poder traería al país más justicia social. Su desilusión no fue rápida, aunque sí estuvo acelerada por la influencia de su esposa, que había llegado a un estado de desesperanza política y negro cinismo mucho antes de que él se resignara a claudicar. Zubrinic había rebatido explícitamente y con plena convicción las primeras acusaciones de venalidad y endémica corrupción lanzados contra los hombres que él creía que habían de conducir a la nación hacia un futuro mejor y más justo. Pero después había visto las pruebas que se esgrimían contra ellos, no con los ojos del fiel adepto sino con los del policía, y había tenido que convencerse de su culpabilidad.

Desde entonces se había mantenido apartado de la política y, si aún votaba, era sólo para dar ejemplo a sus hijos y porque era obligatorio, no porque creyera que ello podía suponer diferencia alguna. Durante aquellos años, mientras crecía su cinismo, se enfriaban sus antiguas relaciones con políticos hasta hacerse puramente formales más que cordiales.

Ahora trataba de hallar alguien en la Administración actual en quien poder confiar, y no se le ocurrió ningún nombre. Desviando su atención al Poder Judicial, encontró un solo nombre, el del juez encargado de la investigación del daño causado en el medio ambiente por los complejos petroquímicos de YPF. El juez Mestre, que ya no era joven, estaba siendo objeto de una campaña bien orquestada para obligarlo a jubilarse.

Zubrinic encontró su número en la lista de funcionarios de la magistratura que le había sido entregada años atrás, y lo marcó. Contestó su secretario, que dijo que el juez estaba ocupado y, cuando Zubrinic le informó de que se trataba de un asunto policial, respondió que vería si Su Señoría podía atenderle. Entonces Zubrinic dijo que llamaba de parte del subdirector Balmaceda, y el secretario le puso con el juez.

-Mestre- dijo una voz nasal.

-Doctor, soy el comisario Drago Zubrinic. ¿Dispondría de unos minutos para hablar conmigo?

-¿Zubrinic?

-Sí, señor.

-Conozco a su superior- dijo el juez Mestre, para sorpresa del comisario.

-¿El subdirector Balmaceda?

-Sí, parece que no tiene muy buena opinión de usted, comisario.

-Eso es muy lamentable, señor, pero me temo que escapa a mi control.

-Desde luego- respondió el juez- ¿De qué quiere hablarme?

-Preferiría no decirlo por teléfono, señor.

Zubrinic había leído en algunas novelas la frase “una pausa elocuente”. Ésta lo era.

Al fin, Mestre preguntó:

-¿Cuándo quiere que nos veamos?

-Lo antes posible.

-Son casi las seis. Salgo dentro de media hora. ¿Nos encontramos en ese sitio de Scalabrini Ortiz y Paraguay?- preguntó el juez, refiriéndose a Varela Varelita- ¿A las siete?

-Muy amable, señor- dijo Zubrinic-. Yo llevo...

-Ya sé quién es usted- cortó el juez. Y colgó.

Nada más entrar en el bar, Zubrinic reconoció al juez Mestre en un hombre maduro que estaba en la barra, con un vaso de Fanta delante. Bajo, barrigón, con la nariz abotargada del gran bebedor que habría sido y el cuello y los puños del saco grasientos, Mestre parecía cualquier cosa menos un juez: un carnicero, quizá, o un cantante melódico. Pero Zubrinic sabía que aquel hombre no tenía más que abrir la boca y empezar a hablar, con su voz bellamente modulada, de la que el castellano fluía con una pronunciación que para sí quisieran muchos actores, para que se revelara el verdadero hombre que había detrás de aquel disfraz corporal. Zubrinic se acercó a él y dijo tendiendo la mano:

-Buenas tardes, doctor.

El apretón de Mestre era firme, cálido y enérgico.

-¿Buscamos un sitio dónde sentarnos?- preguntó volviéndose hacia las mesas del fondo del local, la mayoría, ocupadas a esta hora. En aquel momento, tres hombres se levantaban de una mesa de la izquierda, y Mestre fue rápidamente hacia ella, mientras Zubrinic se paraba a pedir una copa de moscato.

Cuando el comisario llegó a la mesa, Mestre, que ya estaba sentado, se levantó a medias. Aunque sentía curiosidad por el caso contra la contaminación del Riachuelo producido por la petrolera un día estatal, en la que habían trabajado tres tíos suyos que habían muerto de cáncer, Zubrinic no dijo nada, ya que sabía que el juez no podía ni quería hablar de ello.

Mestre levantó el vaso de naranjada hacia Zubrinic, tomó un sorbo, lo puso en la mesa y preguntó:

-¿Usted dirá?

-Es sobre la mujer que asesinaron el mes pasado, Alessandra Modarelli. Parece ser que, en el momento de su muerte, tenía varias cuentas bancarias con un saldo total de más de treinta mil euros. Las cuentas fueron abiertas hace unos diez años, cuando su marido y su hijo trabajaban para la obra social de jubilados y pensionados, y han venido haciéndose depósitos hasta su muerte.- Zubrinic calló, tomó la copa pero volvió a dejarla en la mesa sin beber. Nerviosamente hizo girar la pata de cristal entre el pulgar y el índice.

Mestre no decía nada-. Yo pienso que la mujer a la que se acusó del asesinato de la señora Modarelli no la mató- prosiguió Zubrinic-. Pero no tengo pruebas fehacientes. Y, si no la mató ella, tuvo que matarla otra persona. Hasta ahora, la única anomalía, en todo lo que sabemos de la víctima, es la existencia de esas cuentas.- Volvió a callar, pero siguió sin probar el moscato.

-¿Y qué tengo yo que ver con todo eso, si me permite la pregunta?- dijo Mestre.

Zubrinic lanzó una mirada al juez.

-Lo primero que hemos de hacer es hallar la procedencia de esos pagos. Como los dos hombres trabajaban en PAMI, me gustaría empezar por ahí.- Mestre asintió, y Zubrinic siguió:- Hace décadas que está usted en los tribunales en esta ciudad, señor, y me consta que ha tenido motivos para examinar el funcionamiento de varios sectores de la burocracia estatal- dijo Zubrinic, no poco orgulloso de su delicadeza para describir lo que la prensa conservadora solía llamar “la demencial cruzada” de Mestre contra las administraciones públicas. Así que he pensado que estará familiarizado con las obras sociales y su funcionamiento.- Mestre asimiló la observación con una mirada de fría apreciación y Zubrinic puntualizó:- Es decir, su funcionamiento real.- El gesto de asentimiento del juez fue mínimo, pero bastó para animar al comisario a continuar:- O que podría sugerir una razón o, quizá, indicar a una persona que pudiera explicar esos pagos. O la existencia de alguna irregularidad que hubiera sido preferible que no se detectara.

-¿Irregularidad?- preguntó Mestre y, a la señal de asentimiento de Zubrinic, sonrió:- Con qué elegancia lo expresa.

-A falta de una palabra mejor- explicó Zubrinic.

-Desde luego- dijo el juez, que se estiró de la silla y volvió a sonreír. En una cara tan fea como la de Mestre, aquella sonrisa tenía una extraña dulzura-. Sé muy poco de “Obras Sociales”, comisario. O, mejor dicho, sé y no sé, que parece ser la manera en que la mayoría vamos por la vida: creyendo ciertas cosas porque alguien, un fabricante de mentiras, las ha insinuado o porque es la única explicación que encaja con otras cosas que sabemos.- Tomó otro sorbo y dejó el vaso.- El PAMI, comisario, es el trastero de los funcionarios o, si lo prefiere, el cementerio de los elefantes: el lugar al que siempre se ha enviado a los incompetentes sin remisión, o en el que se deja estacionado a alguien mientras se le busca un puesto más lucrativo. Por lo menos, así fue hasta hace poco tiempo, cuando la administración pública tuvo que admitir que algunos cargos debían darse a profesionales que tuvieran algunos conocimientos acerca de ayudar a los jubilados a sobrevivir. Hasta entonces, esos puestos eran bicocas políticas, aunque bicocas más bien modestas. Porque, en realidad..., ¿cómo le diría...?, la gente que iba a parar allá no tenía grandes oportunidades de incrementar sus emolumentos-. Zubrinic reconoció que la fraseología de Mestre no era menos elegante que la suya propia. El juez levantó la copa del comisario y cuando se percató del error, volvió a dejarla sin beber-. Si piensa que las cuentas de esa señora Modarelli pudieran abrirse para recibir sobornos destinados a su marido o a su hijo en relación con su trabajo, le sugiero que reconsidere su hipótesis. -Bebió, dejó el vaso y agregó:- Comprenderá, comisario, que una suma relativamente modesta, acumulada durante tanto tiempo, no alcanza el nivel de los chanchullos que estoy acostumbrado a encontrar en este país.- Sin dar tiempo a Zubrinic para medir el alcance de la observación, el juez continuó:- Pero, como le digo, es una institución en la que nunca he tenido que intervenir, quizá porque allá las cosas se hacen en menor escala.- Otra vez la sonrisa-. No olvidemos que la corrupción es como el agua, que siempre encuentra su lugar en el que encharcarse, por pequeño que sea.

Durante un instante, Zubrinic no pudo menos que preguntarse si su pobre opinión sobre el gobierno parecería tan pesimista a los ojos de una persona menos familiarizada

que él con el funcionamiento de sus mecanismos. Pero dejando de lado esta reflexión y también la oportunidad de comentar las palabras del juez, Zubrinic se limitó a preguntar:

-¿Sabe quién estaba al frente del PAMI durante aquellos años?

-Carlos Alfredo Abdala ha muerto; Fernando Manuel Marín dirige una empresa de construcción en González Catán, según creo, y Alejo Gómez Bernardis tiene un cargo como asesor de Deportes. Que yo recuerde, ellos dirigían la oficina hasta que se nombró a los profesionales.- Cuando Zubrinic pensaba que el juez ya había terminado, Mestre agregó:- al parecer, nadie permanece en el cargo más de unos pocos años. Como le he dicho, la oficina tiene tanto de vertedero como de rampa de lanzamiento, aunque Gómez Bernardis, concretamente, no fue lanzado muy lejos. Lo cierto es que no da la impresión de que las perspectivas sean muy prometedoras.

Zubrinic anotó los nombres. Dos le eran familiares: Abdala porque tenía un sobrino que había ido al colegio con el hermano de Zubrinic, y Marín, porque recientemente había sido elegido senador por la provincia de Formosa.

Zubrinic resistió la tentación de preguntar al juez por otros cargos y dijo tan sólo:

-Muchas gracias por su tiempo, señor, es usted muy amable.

La sonrisa infantil volvió a transformar la cara del juez.

-Ha sido un placer. Hacía tiempo que deseaba conocerle, comisario. Estaba seguro de que una persona que incomodara tanto a Balmaceda tenía que merecer la pena.- Añadió que el moscato ya estaba pagado, se excusó alegando que ya era hora de irse a casa, se despidió y se marchó rumbo a la calle Julián Álvarez: en tan sólo doces pasos llegaría a destino.

CAPÍTULO XIV

A la mañana siguiente, a primera hora, Zubrinic estaba en el Correo Central, donde preguntó por la jefa de carteros, mostró su credencial y dijo que deseaba hablar con el cartero que hacía el reparto en la zona del Bajo. La mujer lo mandó al primer piso, segunda puerta de la izquierda, donde los repartidores de cartas clasificaban su correo. Era una sala de techos altos con mesas y divisores a todo lo largo de las paredes. Había diez o doce personas que distribuían sobres en las casillas o las sacaban e introducían en las carteras.

Zubrinic preguntó a la persona que tenía más cerca, una mujer de pelo largo y cara colorada, dónde podía encontrar al encargado de hacer el reparto en la manzana comprendida entre las calles San Martín, Reconquista, Paraguay y Marcelo T. de Alvear. Ella lo miró con curiosidad y, señalando a un hombre que estaba hacia la mitad de su misma mesa, gritó:

-Ariel, preguntan por vos.

El llamado Ariel se volvió, miró las cartas que tenía en las manos, y una a una, con una simple ojeada al nombre y la dirección, las distribuyó rápidamente por el casillero y fue hacia Zubrinic. El hombre tendría entre cuarenta y cinco y cincuenta años, calculó el comisario y era tan alto como él pero un poco más gordo. Le cruzaba la frente un grueso mechón de pelo castaño claro, mientras el resto de la cabeza detentaba un color castaño oscuro con reflejos rojos por sobre las canas.

Zubrinic se presentó y fue a mostrar otra vez la credencial, pero el cartero lo detuvo con un ademán y propuso ir a tomar un café. Bajaron al bar y Ariel pidió dos cafés y preguntó a Zubrinic en qué podía ayudarle.

-¿Usted entregaba el correo a Alessandra Modarelli de Reconquista...?

Ariel le interrumpió recitando el número de la casa y levantó las manos fingiendo que se rendía:

-Deseaba hacerlo, pero no fui yo. Puede creerme.

Llegaron los cafés y los dos hombres echaron el azúcar. Mientras removía en la tasa, Zubrinic preguntó:

-¿Tan mala era?

Ariel tomó un sorbo, bajó la taza, añadió otra media cucharada de azúcar y dijo, removiendo:

-Sí.- Bebió el café y puso la taza en el plato. Le llevó el correo durante tres años, y subí por los menos treinta o cuarenta "certificadas". Una vez y otra, subía esa escalera para que firmara el acuse de recibo.- Zubrinic esperaba oírle quejarse por no haber recibido ni una propina, pero el hombre sólo dijo:- Yo no espero propinas, y menos, de la gente mayor, pero ella ni las gracias me daba.

-¿No es mucho correo certificado?- preguntó el comisario.- ¿Con qué frecuencia llegaba?

-Una vez al mes- respondió el cartero.- Puntual como un reloj suizo. Y no era cartas sino esos sobre acolchados que se usan para enviar fotos o CDs.

"O dinero", pensó Zubrinic, y preguntó:

-¿Recuerda los remitentes?

-Había un par de direcciones, me parece- respondió Ariel.- Sonaban a obras benéficas. Cooperar y compartir. Felices los Niños. Cosas así.

-¿Recuerda alguna con exactitud?

-Yo entrego correo a casi cuatrocientas personas- dijo el cartero Ariel Lomanno por toda respuesta.

¿Podría decirme cuándo empezaron a llegar?

-Yo las recibía cuando me dieron esa ruta.

-¿Quién la tenía antes?

-Daniel Orta, pero se jubiló y volvió a su pueblo.

Zubrinic, abandonando el tema de los paquetes certificados, preguntó:

-¿Le llevaba sobres de bancos?

-Sí; todos los meses- dijo el cartero, y recitó los nombres de los bancos-. Eso y facturas eran todo el correo que recibía, además de alguna que otra carta certificada.

-¿Recuerda quién las enviaba?

-La mayoría eran de los vecinos que se quejaban del televisor-. Antes de que Zubrinic pudiera preguntar cómo lo sabía, Ariel explicó: Todos me hablaban de ellas, querían asegurarse de que se las había entregado. El ruido era una molestia, pero no se podía hacer nada. Es vieja. Bueno, era vieja, y la policía no hacía nada. No sirven para nada.- Miró rápidamente a Zubrinic y dijo: Perdona.

El comisario agitó una mano aceptando la crítica con una sonrisa.

-Tiene razón- dijo-. No podemos hacer nada. La persona perjudicada puede hacer una denuncia, y entonces la sección correspondiente... no sé cómo se llama... la que se ocupa de las denuncias sobre ruido... va a medir los decibelios, para comprobar si existe "agresión acústica". Pero no trabajan de noche; si los llaman por la noche, no van hasta la mañana siguiente, y para entonces ya bajaron el volumen.- al igual que todos los policías de la ciudad, Zubrinic conocía la situación y, al igual que ellos, sabía que no tenía remedio.- ¿Nunca le entregó alguna otra cosa?- preguntó.

-En navidad, felicitaciones; de tarde en tarde, una o dos veces al año, una carta, además de las quejas por el ruido. Pero, por lo demás, sólo facturas y los sobres de los bancos-. Antes de que Zubrinic pudiera hacer algún comentario, Ariel dijo: Lo mismo puede decirse de toda la gente mayor. Sus amigos o se murieron o viven cerca, por lo que no necesitan escribirse. De todos modos, apostarí a que la mayoría de las personas a los que les llevo correo son analfabetas y hacen que sus hijos se encarguen de su correspondencia. Ella no era muy distinta de otros viejos.

-Hizo usted como si creyera que yo podía sospechar que la había matado- dijo Zubrinic cuando iban hacia la puerta del bar.

-En realidad, no había motivo- dijo el cartero, respondiendo a la implícita pregunta del comisario-. Pero era mucha gente que no la soportaba.

-Parece una reacción desproporcionada al simple hecho de no decir "gracias"- objetó Zubrinic.

-No me gustaba la forma en que trataba a las "camucas", especialmente a la que la mató-dijo el hombre-. Como a esclavas. Parecía disfrutar haciéndolas llorar. Lo vi más de una vez.- Ariel se paró en la entrada de la sala de clasificación y tendió la mano. Zubrinic se la estrechó, le dio las gracias, bajó la escalera y se disponía a salir del edificio y cruzar Leandro N. Alem cuando oyó que le llamaban y, al volverse, vio acercarse a Ariel Lomanno, con la pesada cartera colgada del hombro izquierdo. Pisándole los talones venía la mujer de cara colorada.

-Comisario-dijo el cartero al acercarse. Extendiendo la mano hacia atrás, agarró del brazo a la mujer y casi tiró de ella para hacerla adelantarse-. Le presento a Mariana Folle. Tenía esa misma ruta antes que Orta, hasta hace unos cinco años. Pensé que a lo mejor le interesaba hablar también con ella.

La mujer esbozó una nerviosa media sonrisa y se puso aún más colorada.

-¿Le llevaba correo a la señora Modarelli?

-Y al hijo- respondió Ariel. Dio a su colega una palmada en el hombro diciendo: Tengo que ir a trabajar- y siguió hacia la puerta.

-Como le dijo su compañero, señorita- empezó Zubrinic-, me interesa el correo que se entregaba a la señora Modarelli.- Al ver que ella, por timidez o por temor, parecía reacia a hablar, agregó:- En especial, los sobres de los bancos que llegaban mensualmente.

-¿Eso?- preguntó ella visiblemente aliviada, pero aún nerviosa.

-Sí- sonrió Zubrinic-. Y también las “certificadas” que solían enviarle los vecinos.

Bruscamente, ella preguntó:

-¿Me está permitido hablarle de esto? ¿No se supone que el correo es confidencial?

Él le mostró la credencial.

-Sí, señorita, lo es, pero, en un caso como éste, en el que se trata de una persona que ha fallecido, asesinada, puede hablar.- No quiso presionar sugiriendo que era una obligación. Además, no estaba seguro de si podía obligarla a hablar sin una orden judicial

Ella decidió creerle.

-Sí: Le llevaba los sobres de los bancos, todos los meses. Hice aquella ruta tres años.

-¿Le entregaba algo más?

-¿A ella? En realidad, no. De vez en cuando, una carta o una postal. Y las facturas.

La pregunta de la mujer le hizo preguntar a su vez:

-¿Y al hijo?

Ella le lanzó una mirada nerviosa pero no dijo nada. Al fin, la mujer respondió:

-Facturas, principalmente. A veces, cartas.- Tras una larga pausa, agregó:- Y revistas.

Al observar la creciente turbación de la mujer, él preguntó:

-¿Tenían algo en particular las revistas, señorita? ¿O las cartas?

Ella miró en derredor al gran vestíbulo y se fue un poco hacia la izquierda, para apartarse de un hombre que hablaba por el teléfono público situado cerca de la entrada, y dijo:

-Me parece que eran de chicos.

Estaba realmente azorada: el rubor le había puesto la cara incandescente.

-¿Chicos? ¿Se refiere a niños?

Ella fue a hablar, pero desistió y se miró a los pies. Desde su mayor estatura, él vio cómo la cabeza de la mujer se movía en lenta negación. Decidió darle tiempo, pero entonces comprendió que sería más fácil para ella hablar sin mirarle.

-¿Jóvenes, señorita?

Esta vez la cabeza se movió de arriba abajo en señal afirmativa.

Él quiso asegurarse.

-¿Adolescentes?

-Sí.

¿Puedo preguntar cómo lo sabe?

Al principio, pensó que no le contestaría, pero al fin ella dijo:

-Un día llovía y el impermeable no tapaba bien la cartera, así que, cuando llegué a la casa, su correo se había mojado, o sea, lo que estaba encima. Cuando lo saqué de la cartera, el sobre se rompió y la revista cayó al suelo. Al recogerla, se abrió y vi la foto de un muchacho.- Ella mantenía la mirada clavada al suelo, decidía a no levantarla.- Yo tengo un hermano más pequeño que entonces tenía catorce años, y de esa edad parecía.- La mujer calló y Zubrinic comprendió que de nada serviría pedirle una descripción más detallada de la foto.

-¿Qué hizo usted, señorita?

-La tiré a la basura. Él no la reclamó.

-¿Y al mes siguiente, cuando volvió a llegar?
-También la tiré a la basura, y al otro. Entonces dejaron de recibirse. Supongo que él imaginó lo que yo hacía.
-¿Esa revista era la única, señorita Folle?
-Sí, pero también había sobres. De esos en los que ponen “Foto”, para que no las dobles.
-¿Y qué hacía con ellos?
-Desde que vi la revista, siempre los doblaba antes de meterlos en el buzón- dijo ella con mezcla de orgullo e indignación.
A él no se le ocurrían más preguntas, y la mujer dijo:
-Entonces se murió, que en paz descansa, pobrecito, y, después, dejó de llegar el correo.
Zubrinic tendió la mano. Ella la estrechó. El comisario dijo entonces, en tono formal:
-Le agradezco que haya hablado conmigo, Mariana- y agregó impulsivamente-: La comprendo- nunca o al menos, desde hacía mucho tiempo, esta frase le pareció tan cínica-.
Ella sonrió, nerviosa, y otra vez se puso colorada.

En el Departamento, Zubrinic dejó una nota en la mesa de Battipede pidiéndole que subiera cuanto antes. Era miércoles, y los miércoles Fernanda no aparecía en el despacho antes de mediodía, circunstancia que todo el Departamento había llegado a aceptar sin curiosidad ni reprobación manifiestas. En el verano no se ponía tostada, por lo que no había que buscar en la Costanera Sur ni en las piletas públicas las causas de su retraso; no mandaba postales, lo que indicaba que no se iba de viaje. Por otra parte, nadie la había visto en la ciudad los miércoles por la mañana, o se hubiera corrido la voz. Quizá, sencillamente, se quedaba en su casa, planchándose las polleras de lino, concluyó Zubrinic.

No se le iba del pensamiento el hijo de la señora Modarelli. Aunque ahora ya sabía que se llamaba Kechy, no se acostumbraba a darle un apelativo que no fuera “el hijo de la señora Modarelli”- Aquel hombre había muerto a los cuarenta y pocos años y, durante más de una década había trabajado en una oficina pública: no obstante -”trotzdem” diría la señora Baricco-, todas las personas con las que Zubrinic había hablado, se referían a él haciendo alusión a la madre, como si su existencia se hubiera configurado sólo en función de su condición de hijo. Zubrinic no era aficionado a la jerga psicológica del Real Digest, publicación que recibía periódicamente, con sus explicaciones simplistas de los complejos conflictos del ser humano, pero acá creía detectar una fórmula obvia, tanto, que a la fuerza tenía que ser falsa: tómese a una madre dominante, una sociedad cerrada y conservadora, agréguese un padre al que le guste pasar el tiempo libre en el bar, bebiendo con los amigos, y la homosexualidad del hijo está servida. Inmediatamente, Zubrinic pensó en los caprichosos tres nombres que la Catona sugirió para su hijo Lucas Julián Martín, que tenía madre tan discreta que casi resultaba invisible, casada con un hombre capaz de desayunarse con un león bizco, y se puso casi tan colorado como la mujer de la oficina del Correo.

Decidido a averiguar si realmente Kechy Modarelli era gay, Zubrinic marcó el número de José María Lubertino, propietario de una de las empresas químicas que eran investigadas por el juez Mestre. Dio su nombre y, como la secretaria parecía remisa a pasar la comunicación, dijo que se trataba de un asunto policial y le sugirió que preguntara a su jefe si quería hablar con él.

Un minuto después le ponían con el señor Lubertino.

-¿Cómo te va, Drago?- preguntó el empresario, que ya había servido a Zubrinic como fuente de información acerca de la población GLTTB de Buenos Aires con anterioridad.. No había irritación en su tono, sólo la impaciencia del hombre que tenía una gran empresa que dirigir.

-Kechy Modarelli trabajó para el PAMI hasta hace cinco años, en que se murió.

-Bien- dijo Lubertino- ¿Qué querés saber?

-Si era gay, si le gustaban los adolescentes y si alguien pudo compartir esa afición con él.

Lubertino hizo un sonido de reproche y preguntó:

-¿Es el hijo de la mujer asesinada hace varias semanas?

-Sí.

-¿Relación entre una cosa y otra?

-Quizá. Por eso me gustaría que vieras lo que podés averiguar.

-¿Hace cinco años?

-Sí- Parece que estaba suscrito a una revista con fotos de chicos.

-Muy desagradable- fue el espontáneo comentario del empresario. Y estúpido. Ahora pueden conseguir todo lo que quieran por internet, aunque sigo diciendo que habría que encerrarlos a todos.

Zubrinic sabía que, de joven, José María Lubertino había estado casado, y ahora tenía tres nietos de los que se sentía muy orgulloso. Temiendo tener que escuchar el relato de sus hazañas, Zubrinic abrevió:

-Te estaré muy agradecido por cualquier información.

-Hmm. Preguntaré por ahí. ¿PAMI, decís?

-Sí. ¿Conocés a alguien de ahí?

-Yo conozco a alguien en todas partes, Drago- dijo Lubertino sencillamente y sin jactancia-. Si sé algo, te llamaré- terminó, y colgó sin molestarse en despedirse.

Zubrinic trató de recordar si conocía a alguien más a quién pudiera preguntar, pero sabía que los dos hombres que podían ayudarle estaban de vacaciones. Esperaría noticias de Lubertino antes de tratar de ponerse en contacto con los otros. Una vez tomada esta decisión, bajó a ver si Battipede había llegado.

CAPÍTULO XV

Battipede aún no estaba en su sitio. Cuando salía de la oficina de los agentes, Zubrinic se encontró cara a cara con el teniente Sánchez. Tras una pausa elocuente, durante la cual el teniente estuvo bloqueando la puerta con el cuerpo, Sánchez dio un paso atrás diciendo:

-¿Podría hablar un momento con usted, comisario?

-Cómo no.

-¿Quizá en mi despacho?

-Lo siento, tengo que volver al mío- dijo Zubrinic, que no estaba dispuesto a ceder la ventaja territorial.

-Creo que es importante, señor. Se trata del caso Modarelli.

Zubrinic compuso una expresión indefinida y preguntó:

-¿Sí? ¿Alguna novedad?

-Es la Baricco- dijo el teniente, sin más explicaciones.

Aunque el nombre suscitó la curiosidad del comisario, no dijo nada. Al fin su silencio se impuso y el teniente prosiguió:

-Estuve comprobando el registro de las llamadas y encontré dos en las que ella la amenaza.

-¿Quién amenaza a quién, teniente?- preguntó Zubrinic.

-La señora Baricco, a la señora Modarelli.

-¿En una llamada a la policía, teniente? ¿No le parece un poco imprudente?

Observó el esfuerzo de Sánchez por dominarse, vio cómo el teniente apretaba la comisura de los labios y se alzaba unos milímetros sobre la punta de los pies, pensó lo que debía suponer ser el más débil en un encuentro con Sánchez, y no le gustó la idea.

-Si pudiera dedicar unos momentos a escuchar las grabaciones, comisario, comprendería lo que quiero decir.

-¿Tan urgente es?- preguntó Zubrinic, sin tratar de disimular su propia irritación.

Como si observar la impaciencia del comisario tuviera un efecto relajante, un Sánchez más calmado dijo:

-Si prefiere no escuchar cómo la persona que reconoce que, probablemente, fue la última que vio a la víctima con vida, la amenaza, es problema suyo, señor. Pensé que el asunto merecería más atención.

-¿Dónde están?- preguntó Zubrinic.

Fingiendo no haber entendido, Sánchez preguntó.

-¿Dónde están quiénes, señor?

Mientras dominaba el impulso de golpear al teniente, el comisario descubrió que este era un deseo que le acometía con mucha frecuencia. A Balmaceda lo consideraba un oportunista autosuficiente, un hombre capaz de casi cualquier cosa para proteger su cargo. Pero el componente de debilidad humana implícito en el "casi" hacía que los sentimientos de Zubrinic hacia su superior no pasaran de mera antipatía superficial. Pero a Sánchez lo odiaba, la repulsión que le inspiraba era la misma que le produciría la idea de entrar en una habitación oscura de la que saliera un olor raro. La mayoría de las habitaciones tenían luz, pero él temía que no existiera el medio de iluminar el interior de Sánchez, ni la certeza de lo que hubiera allá dentro, de poder verse, suscitara algo más que miedo.

Era tan evidente que Zubrinic no pensaba contestar, que Sánchez dio media vuelta hacia la escalera posterior musitando:

-En el laboratorio.

El técnico no estaba a la vista, pero el olor a humo de Particulares 30 que había en el laboratorio indicaba que no hacía mucho rato que el jefe faltaba de ahí. Sánchez se dirigió hacia el fondo de la sala, dónde, en una larga mesa arrimada a la pared había una “casete” y, a su lado, dos cintas de noventa minutos con fechas y firmas en las etiquetas.

El teniente tomó una, miró la anotación y la introdujo en el aparato. Se puso unos auriculares, pulsó “play”, escuchó unos segundos, pulsó “stop”, hizo avanzar la cinta y volvió a escuchar. Después de tres intentos, encontró el punto, paró, rebobinó un poco y pasó los auriculares al comisario.

Extrañamente reacio a tocar algo que había estado en contacto con la piel de Sánchez, Zubrinic dijo:

-Oigámoslo.

Sánchez desconectó los auriculares de un tirón brusco y oprimió la tecla “play”.

-“Acá la señora Baricco, de la calle Reconquista. He llamado antes”.- Zubrinic reconoció la voz, pero no el tono, crispado de indignación.

-Sí, señora. ¿Que “seaba”?

-“Hace una hora y media que se lo he dicho. Esa mujer tiene el televisor tan alto que hasta usted podrá oírlo por teléfono. Escuche”. Las voces de dos personas que parecían discutir subieron de tono y luego bajaron. “¿Lo ha oído? Su ventana está a diez metros y la oigo como si lo tuviera dentro de mi casa.

-“No puedo hacer nada, señora. El patrullero salió a hacer otro servicio”.

-“¿Un servicio que dura una hora y media?, preguntó ella furiosa.

-“No puedo darle esa información, señora”.

-“Son las cuatro de la mañana”, dijo ella con una voz que rozaba la neurosis o el llanto. “Lo tiene encendido desde la una. Quiero dormir”.

-“Ya se lo dije antes, señora. La patrulla irá tan pronto como pueda”, dijo la voz mecánica del impasible telefonista. Uno de los dos colgó y la cinta siguió girando con un suave siseo.

Un Sánchez no menos impasible dijo a Zubrinic:

-En la siguiente, amenaza explícitamente con matarla.

-¿Qué dice?

-“Si ustedes no la hacen parar, iré yo y la mataré”.

-Déjeme oírlo- dijo el comisario.

El teniente insertó la otra cinta, la hizo avanzar hasta la mitad, buscó la llamada y se la hizo escuchar a Zubrinic.

Había citado a la señora Baricco con exactitud, y Zubrinic se estremeció al oírla gritar, casi psicótica de furor:

-“Si ustedes no la hacen parar, iré yo y la mataré”.

La circunstancia de que la llamada se hiciera a las tres y media de la mañana y que fuera la cuarta de la noche, indicaba claramente a Zubrinic que era la cólera, no la intención, lo que dictaba sus palabras, aunque quizá un juez no lo viera de este modo.

-Y también están sus antecedentes de violencia- agregó Sánchez con indiferencia-. Que, sumados a estas amenazas, creo que justifican que volvamos a interrogarla acerca de sus movimientos de aquella mañana.

-¿Qué antecedentes de violencia?

-Hace ocho años, cuando aún estaba casada, atacó a su marido y amenazó con matarlo.

-¿Cómo le atacó?

-El informe dice que le echó agua hirviendo.

-¿Qué más dice el informe?- preguntó Zubrinic.

-Si quiere leerlo, está en mi despacho, comisario.

-¿Qué más dice, Sánchez?

La sorpresa que se reflejó en la mirada del teniente fue evidente, como lo fue también el instintivo paso atrás que dio para alejarse de Zubrinic.

-Estaban en la cocina, discutiendo, y ella le arrojó el agua.

-¿Lo quemó?

-No mucho. El agua le cayó en los zapatos y los pantalones.

-¿Se presentaron cargos?

-No, señor, pero se hizo un informe.

Una súbita sospecha hizo preguntar a Zubrinic:

-¿Quién decidió no presentar cargos?

-No creo que eso importe.

-¿Quién?- Había tanta tensión en la voz del comisario que la pregunta casi sonó como un ladrido.

-Ella- dijo el teniente, tras una pausa que procuró alargar todo lo posible.

-¿Qué cargos no presentó?

Zubrinic observó cómo Sánchez consideraba la posibilidad de volver a mencionar el informe, y detectó el momento en que desistió.

-Por agresión.

-¿Qué clase de agresión?

-El le rompió la muñeca, o ella dijo que se la había roto.

El comisario esperaba que el teniente ampliara detalles y, en vista que se resistía, preguntó:

-¿Con una muñeca rota, pudo echarle por encima una olla de agua hirviendo?

Como si no lo hubiera oído, Sánchez dijo:

-Cualquiera que fuera la razón, es un episodio de violencia.

Zubrinic dio media vuelta y salió del laboratorio.

Mientras subía a su oficina, sentía que el corazón le latía con fuerza, de furia reprimida. Entendía el qué: Sánchez quería presentar las cosas de manera que pareciera que la Baricco era la asesina; por miserable que fuera el procedimiento, ésa era la intención. Lo que Zubrinic no entendía era el por qué. Sánchez no ganaba nada incriminando a la señora Baricco.

De pronto, creyó que lo comprendía, tropezó con un escalón y tuvo que apoyarse en la pared. No era que Sánchez quisiera perjudicarla a ella personalmente sino que quería proteger a otra persona. Pero, mientras seguía subiendo, Zubrinic reconoció que la idea era descabellada, y el sentido común le brindó una explicación más razonable: Sánchez no pretendía sino obstruir la investigación del comisario y, para ello, nada mejor que crear una pista falsa que condujera a la señora Baricco.

Era tan indignante la idea, que Zubrinic, una vez en el despacho, no podía quedarse quieto. Esperó unos minutos, para dar a Sánchez tiempo de alejarse de la escalera, y bajó al despacho de Fernanda, que aún no había llegado. De haberla visto entrar en aquél momento, le hubiera preguntado a gritos de dónde carajo venía y con qué derecho se ausentaba media jornada del miércoles, cuando tenía cosas que hacer. Mientras volvía a su despacho, seguía apostrofándola mentalmente y rememorando viejos incidentes, descuidos y abusos que echarle en cara.

Cuando entró, se quitó la campera y la arrojó a la mesa, pero le imprimió tanta fuerza que la prenda resbaló al suelo, arrastrando consigo un montón de papeles que él se había pasado la tarde anterior ordenando cronológicamente. Colérico, masculló varias frases con las que ponía en duda la virtud de María.

En ese momento llegó Battipede. Zubrinic le oyó en la puerta, se volvió y le lanzó un hosco:

-Pase.

Battipede miró la campera y los papeles, pasó en silencio por delante de Zubrinic y se sentó.

El comisario contempló la espalda del inspector, observó la insólita rigidez de su postura y se calmó en parte.

-Es Sánchez. Dijo, yendo hacia su escritorio. Se agachó, agarró la campera y la colgó del respaldo del sillón, luego recogió los papeles, los dejó en la mesa y se sentó-. Quiere hacer que parezca que la mató la señora Baricco.

-¿Cómo?

-Tiene la grabación de dos llamadas que ella nos hizo para quejarse del ruido del televisor. En las dos amenaza con matarla.

-¿Cómo es la amenaza?- preguntó Battipede- ¿De berrinche o en serio?

-¿Hay diferencia?

-¿Usted grita a sus hijos, comisario?- preguntó- Gritar es berrinche. Pegar es serio.

-Nunca les pegué- dijo Zubrinic al instante, como si se sintiera acusado.

-Yo sí- dijo Battipede. Una vez. Hará unos cinco años. Al Chelo. Andresito nunca me dio problemas, es dócil y disciplinado.- Zubrinic esperaba oír una explicación, pero el inspector no la dio. Sólo dijo:- Hablar de una cosa es sólo eso, hablar.- Pasando de la teoría a la práctica, Battipede preguntó:- Además, ¿cómo iba a entrar?- Zubrinic observó cómo Battipede examinaba y desestimaba uno a uno todos los sistemas posibles. Finalmente, dijo:- No tiene sentido.

-¿Por qué cree que lo hace?- preguntó Zubrinic, curioso por saber si la interpretación de Battipede coincidía con la suya.

-¿Puedo hablar con franqueza, comisario?

-Desde luego.

El inspector se miró las rodillas, sacudió una mota invisible y dijo:

-Es porque le odia. Yo no soy lo bastante importante para merecer su odio. También me odiaría si lo fuera. Y a Fernanda le tiene miedo.

El primer impulso de Zubrinic fue el de cuestionar esta interpretación, pero se obligó a examinarla atentamente. Comprendió que no le satisfacía, porque, según ella, Sánchez era menos malvado de lo que él lo consideraba: culpable sólo de resentimiento, no de insidia. Se acercó los papeles y se puso a ordenarlos otra vez más o menos cronológicamente.

-¿Quiere que me vaya, comisario?

-No; estoy pensando en lo que usted dijo.

Probablemente la explicación correcta era la más simple. ¿Cuántas veces había invocado él este principio? Sólo malicia, no alevosía. Aunque ésta ahora le parecía la causa más probable, no podía negar que le hubiera gustado que también Battipede hubiera atribuido a Sánchez motivos más sórdidos y criminales.

Finalmente, Zubrinic miró al inspector y dijo:

-De acuerdo. Es posible.- Pensó un momento en las consecuencias: Sánchez sugeriría a Balmaceda la posibilidad de que la señora Baricco fuera culpable. Zubrinic tendría que fingir que, en principio, no descartaba la idea, para impedir que Balmaceda se alarmara y lo apartara del caso. Se invertiría tiempo en investigar la vida de la Baricco, y se haría con la suficiente torpeza como para convertirla en un testigo recalcitrante y, después de intimidarle para que modificara o retirara su declaración acerca de Fabia Álvarez, Balmaceda podría reafirmarse en su convicción de que la peruana era la asesina y, una vez más, el caso podría considerarse resuelto.

-¡Ach du lieber Gott_- musitó Zubrinic. Al notar que Battipede lo miraba con extrañeza, explicó:- Es algo que suele decir mi mujer, algo así como: oh, dios mío.

-La mía dice que deberíamos investigar al hijo- dijo Battipede.

El comisario decidió oír lo que el inspector tenía que decir acerca de Kechy Modarelli antes de hablarle de su conversación con los carteros.

-Dice la Grosso que le parece que ahí tiene que haber gato encerrado, que le resulta muy extraño la manera en que la gente se desentiende de su persona. Le parece raro que lo hayan conocido durante tanto tiempo, vivido cerca de él y visto crecer, y no tengan nada que contar.

Zubrinic, que pensaba lo mismo, preguntó:

-¿Le dijo ella a qué cree que se deba eso?

Battipede denegó con un movimiento de cabeza.

-No. Sólo que no le parece normal que nadie quiera hablar de él.

Zubrinic observó la expresión de Battipede: la cara del inspector reflejaba una moderada satisfacción, que indicaba que había averiguado algo que daba la razón a su esposa. Para concederle el placer de la revelación, Zubrinic preguntó:

-¿Qué encontró en las oficinas del PAMI?

-Lo de siempre- dijo Battipede.

-¿Qué de siempre?

La típica burocracia estatal. Llamé por teléfono y les dije que quería hablar con el director acerca de la investigación de un caso criminal. Me pareció mejor no dar detalles. Pero me dijeron que el director estaba en Rosario, en una reunión, lo mismo que su adjunto. La persona con la que al fin logré hablar, sólo llevaba tres semanas allá y me dijo que no podía ayudarme.- Battipede hizo una mueca-. Probablemente, tampoco hubiera podido aunque llevara tres años.

Zubrinic, que conocía el estilo del inspector, esperaba. Battipede se sacudió otro pelo invisible del pantalón y continuó:-

-Al fin me pusieron con la jefa de Personal, y fui a verla a su oficina. Se modernizaron bastante, ahora tienen computadoras y mesas nuevas.

-El departamento se llama ahora Recursos Humanos- empezó Battipede. Zubrinic encontró connotaciones caníbales en el término, pero no dijo nada-. Cuando le pedí información acerca de Kechy Modarelli, me preguntó cuándo había trabajado allá. Se lo dije y entonces me explicó que era difícil encontrar datos de según qué períodos porque aún no estaban informatizados los archivos en su totalidad, que todavía lo están pasando a la computadora central.- Al ver la expresión de Zubrinic, Battipede dijo:- No; no le pregunté cuándo terminarían porque no hubiera servido de nada, pero sí qué años eran los afectados.- Levantó la mirada, en busca de la aprobación de Zubrinic y, cuando la encontró, siguió:- Buscó en la compu y me dijo que los cinco últimos años que él estuvo allá ya estaban en el sistema, e imprimió una copia del expediente.

-¿Qué datos contiene?

-Informes de sus superiores sobre su rendimiento, fechas de vacaciones, bajas por enfermedad, cosas así.

-¿Le dio copia?

-Sí. Se la entregué a Fernanda al llegar.- Zubrinic tomó nota de que ella había llegado por fin,. Mientras Battipede decía:- Está consultando los archivos de los hospitales, para ver si estuvo internado y por qué.

-Puedo ahorrarle el trabajo- dijo Zubrinic. Estaba muy bien y de repente se murió de un infarto frente al televisor.- Al ver el gesto de sorpresa del inspector, le hizo un resumen de la conversación con el doctor Pecoraro y le pidió disculpas por no habérselo contado antes de que fuera a las oficinas del PAMI. Pero no mencionó su conversación con la cartera.

-De todos modos, no estaría de más confirmarlo- dijo Battipede.

Zubrinic disimuló una ligera irritación por esta insinuación de que lo que él había averiguado precisara confirmación.

-¿Pudo hablar con alguien que hubiera trabajado con él?

-Sí, señor. Cuando ya tenía la copia del expediente, me quedé por allá hasta eso de las diez, en que dos hombres que me pareció que podían haber coincidido con él, se levantaron diciendo que se iban al bar de enfrente a tomar café. Yo doblé los papeles de modo que se viera el membrete y los seguí.

Zubrinic admiraba la facultad de este hombre, más alto y corpulento que él, para pasar inadvertido cuando se lo proponía.

-¿Y qué?- animó.

-Les dije que era del Ministerio de Salud y me creyeron. No había razón para que dudaran. Me habían visto en el despacho y estaban presentes cuando la mujer me dio unos papeles, de modo que habrán pensado que estaba allá por motivos de trabajo. Mientras la mujer buscaba en los archivos del personal, mirando por encima de su hombro, yo me fijé en los nombres de varios de los empleados que aún trabajan allá, así que, después de pedir un café, pregunté a aquellos dos por uno de ellos, diciendo que hacía mucho tiempo que no lo veía. Después mencioné a Modarelli y pregunté si era su madre la mujer asesinada y cómo se lo había tomado él, porque siempre habían estado muy unidos.

Battipede tenía motivos para estar orgulloso de su actuación.

-Astuto cual "bicha", Battipede- elogió Zubrinic.

-Pero ahí es dónde cambiaron las cosas. Fue muy extraño, comisario. Como si les hubiera arrojado la "bicha" astuta a los pies. Uno incluso dio un paso atrás, puso el dinero en el mostrador y se marchó. El otro, después de un rato de silencio, dijo que le parecía que sí, pero que Modarelli ya no trabaja allá. Ni siquiera dijo que hubiera muerto. Y entonces desapareció. Digo al mozo que los cafés los pago yo, me vuelvo y él ya no está. No es que no estuviera a mi lado sino que no estaba ni en el bar.- El inspector meneó la cabeza al recordarlo.

-¿Tiene idea de a qué pueda deberse la desbandada?- preguntó el comisario.

-Hace veinte años, hubiera pensado que no querían hablar de él porque era trolo, pero después del kilombo que metió aquel abogado de los putos que no recuerdo su nombre, ya nadie da importancia a eso. Así que debe ser por otra cosa y, probablemente, esa otra cosa tiene que ver con la oficina. Pero, sea lo que fuere, no les gustó que un desconocido les preguntara por él.- Y con una sonrisa agregó:- Por lo menos, esa es mi impresión.

-Estaba suscrito a una revista que publicaba fotos de chicos- dijo Zubrinic, observando el efecto de esa información en el rostro de Battipede. Y aclaró: adolescentes, no niños.

Después de un momento, el inspector dijo:

-No me parece que fuera esa clase de información la que tuviera la gente de la oficina.

Zubrinic reconoció que tenía razón el inspector.

-Entonces, probablemente sería algo relacionado con su puesto en el PAMI.

-Eso parece- dijo Battipede.

CAPÍTULO XVI

Mientras bajaba la escalera con Battipede, camino del despacho de Fernanda, con el propósito de ahorrarle el trabajo de buscar en los archivos de los hospitales, Zubrinic iba pensando en si a aquello se le podía llamar “buscar” o había que considerarlo “piratear”. De pronto descubrió que ya le tenía sin cuidado cómo obtuviera ella la información que le daba, y entonces sintió una oleada de vergüenza por aquel momento de cólera que su ausencia le había provocado. Al igual que Otelo, él tenía a su lado a un teniente que era capaz de corromper sus mejores sentimientos.

Como si hubiera sido advertida de que hoy debía interpretar a Desdémona, Fernanda llevaba un vestido largo de gasa de lino blanco y el pelo suelto a la espalda. Saludó la entrada de los dos hombres con una sonrisa, pero, antes de que pudiera decir algo, Battipede preguntó:

-¿Hubo suerte?

-No- dijo ella en tono de disculpa-. Me llamó el subdirector.- Como si esto no fuera suficiente justificación, explicó:- Quería que escribiera una carta y le preocupaba mucho la redacción.- Ella hizo una pausa, curiosa por averiguar quién era el primero en preguntar.

Fue Battipede.

-¿Está autorizada a revelar la índole de esa carta?

-Claro que no, sino la gente sabría que va a solicitar un puesto en Interpol.

Zubrinic fue el primero en recuperarse de la sorpresa.

-Obvio, no podría ser otra cosa- dijo. Battipede no encontraba palabras que tradujeran sus sentimientos-. ¿Podría decirnos a quién está dirigida la carta?- preguntó Zubrinic.

-Mi lealtad para con el subdirector no me lo permite, comisario- dijo ella con aquel acento de pía sinceridad que Zubrinic solía percibir en la voz de políticos y obispos. Entonces, señalando un papel que tenía encima de la mesa, ella preguntó inocentemente-. ¿Cree que una petición al Jefe de Gobierno de la Ciudad, una carta de recomendación, debe enviarse por correo postal?

-Es más rápido el correo electrónico, querida- sugirió Zubrinic.

-Pero el subdirector es muy tradicionalista, señor- interrumpió Battipede-. Creo que querrá firmar la carta de su puño y letra.

Fernanda asintió y dijo, en respuesta a la pregunta inicial de Battipede.:

-Estuve pensando en echar una ojeada al historial médico.

-No es necesario- dijo Zubrinic. Kechy Modarelli murió de un discreto infarto.

-También estaba suscrito a una revista que publicaba fotos de muchachos- cortó Battipede con aspereza.

Se hizo un silencio incómodo al que Zubrinic puso fin antes de que pudiera perturbar el ambiente, diciendo:

-Battipede estuvo hablando con antiguos compañeros de trabajo, y todos reaccionaron del mismo modo: nada más oír su nombre, se callan. Todo el mundo coincide en que la madre era una antipática y el padre “una buena persona” aficionado al vino, pero, al oír el nombre de Kechy, nadie suelta prenda.- Le dio un momento para pensarlo y preguntó:- ¿Cual cree usted que es la causa de todo esto?

Ella se sentó y pulsó una tecla de la computadora que apagó la pantalla. Luego puso el codo en la mesa y apoyó el mentón en la palma de la mano. Se quedó quieta, casi daba la impresión de que se había ido del despacho o, por lo menos, que sólo estaba allá su cuerpo vestido de blanco, mientras su pensamiento volaba muy lejos.

Al fin, miró a Battipede.

-El silencio podría deberse a respeto- dijo-. La madre fue víctima de un horrible asesinato y él también está muerto. No es de extrañar que la gente no quiera hablar mal de él, ni ahora ni nunca.- Con la otra mano, se rascó la frente distraídamente-. En cuanto a sus compañeros de trabajo, si hace cinco años que murió, probablemente ya se olvidaron de él.

No. Fue algo más fuerte que eso- interrumpió Battipede-. No querían hablar de él en absoluto.

-¿Hablar de él o responder preguntas sobre él?. Inquirió Zubrinic.

-No estaba apuntándoles a la cabeza con una pistola- dijo un ofendido Battipede-. Se cerraron en banda.

-¿Cuánta gente trabaja allá?- preguntó el comisario.

-¿En toda la oficina?

-Sí.

-Ni idea. Ocupa dos pisos, podrían ser unas treinta personas. En su sección no parecía haber más de cinco o seis.

-Eso puede averiguarse fácilmente, comisario- dijo Fernanda, pero Zubrinic, intrigado por aquella resistencia general a hablar del hijo de la Modarelli, decidió ir personalmente a la oficina aquella misma tarde.

Le habló de la llamada a Lubertino y dijo que, tan pronto como recibiera respuesta, se lo comunicaría.

-Mientras tanto, Fernanda, le agradecería que pueda encontrar algo acerca de Alejo Gómez Bernardis y Fernando Manuel Marín. Son los únicos antiguos directores que aun viven.- No le confesó que se lo proponía porque no se le ocurría nada más.

-¿Quiere interrogarlos, comisario?- preguntó Battipede.

Mirando a Fernanda, Zubrinic inquirió.

-¿No podría antes echar una ojeada?- ella asintió y él explicó:- Estoy casi seguro de que Gómez Bernardis está en la Asesoría de Deportes y Marín dirige una empresa constructora en González Catán. También es diputado o senador, pero no sé de qué partido.- Ella no conocía a ninguna de las dos personas, tomó nota de los datos que daba el comisario y dijo que miraría de inmediato y que seguramente tendría algo después del almuerzo.

Ya que había decidido ir a las oficinas del PAMI a primera hora de la tarde, Zubrinic comprendió que ahorraría tiempo si no almorzaba en casa, y preguntó a Battipede si tenía algún plan para el mediodía. Tras apenas un segundo de vacilación, el inspector dijo que no y quedaron en encontrarse en la puerta al cabo de diez minutos. Zubrinic descolgó el teléfono y llamó a la Catona para avisar de que no iría a casa.

-Lástima- dijo ella-, hoy están los chicos y almorzaremos... empezó, y se interrumpió.

-Seguí- instó él. Soy un hombre, podré resistirlo.

-Pastel de papas.

Zubrinic lanzó un gemido dramático.

-Y de postre, compota de manzanas.

-¿Es verdad eso?- preguntó él con suspicacia-. ¿No será tu manera de castigarme por no ir a casa?

Ella tardó en responder.

-¿Preferirías que te dijera que pienso llevarlos a un McDonald's a comer un Big Mac?

-Eso se llama corrupción de menores.

-Ya son mayores, Drago.

-Sigue siendo corrupción, casi- dijo él, y colgó.

Zubrinic y Battipede decidieron ir al restaurante El Mundo, frente a Radio Nacional, en la calle Maipú, pero al llegar vieron que estaba cerrado por vacaciones. Lo mismo ocurría en otros dos sitios, lo que no les dejaba otra opción que la de entrar en un chino o darse una caminata por Lavalle a ver si encontraban algo abierto.

Por tácito acuerdo, volvieron sobre sus pasos y se dirigieron al bar de Viamonte y Maipú, el temido Villadiz. Por lo menos, el pan y el vino eran aceptables. Procurando no pensar en el pastel de papas, Zubrinic pidió un pebete de Milanesa con tomate. Battipede, pensando sin duda que, a falta de un almuerzo en toda regla, no importaba lo que comiera y pidió un “chegusán de milanga”.

Battipede llevó a la mesa una jarra de “agua de la casa” y medio litro de vino blanco y se sentó frente a Zubrinic. Mirando el plato de sándwiches que había en el centro de la mesa, dijo:

La Grosso había hecho tallarines con pollo- y tomó un sándwich.

El inspector no volvió a hablar hasta que hubo terminado su “chegusán” y bebido dos vasos de agua. Entonces puso el vaso en la mesa, sirvió vino para los dos y dijo:

-¿Qué hacemos con Sánchez?

La omisión del tratamiento bastó para indicar a Zubrinic que la conversación era totalmente extraoficial. El comisario tomó un sorbo de vino.

-Creo que lo único que podemos hacer es dejarle seguir investigando, si se le puede llamar así, a la Baricco.

-Es un disparate- dijo Battipede con irritación. Él no conocía personalmente a Claudia Baricco, sólo había leído el informe del caso y oído lo que Zubrinic le había contado de su conversación con ella, pero fue suficiente para convencerlo de que la mujer no había intervenido en los hechos más que para ayudar a la peruana a salir del país. Entonces, consciente de esta interpretación, preguntó:

-¿Cree que será capaz de decir que fue la instigadora, porque le dio dinero y le compró el boleto de tren?

Zubrinic ya no sabía de qué podía ser capaz Sánchez. Lamentaba que una mujer como la señora Baricco, que le había parecido una excelente persona, se hubiera convertido en rehén del teniente Sánchez, en la guerra de guerrillas que éste libraba contra él, pero comprendía que cualquier intento suyo para rescatarla la expondría a peores represalias.

-Creo que no podemos hacer otra cosa que dejarle seguir adelante. Si tratamos de impedirselo, dirá que tenemos algún motivo inconfesable para protegerla y vaya a saber adónde nos llevaría eso.- Le era difícil prever las acciones de Sánchez porque era incapaz de comprender sus motivos. Mejor dicho, podía comprenderlos, captarlos intelectualmente, pero era incapaz de encontrarles sentido, porque sus mentalidades eran distantes. Estaba convencido de que la Catona podría interpretarlos mucho mejor, y hasta la misma Fernanda. Y entonces, sin darse cuenta, pensó que por algo se decía que las gatas cazaban mejor que los gatos y parecían disfrutar más de la presa antes de matarla.

De estas reflexiones lo sacó Battipede al preguntar:

-¿Usted le encuentra sentido a esto, comisario?

-¿A qué? ¿al asesinato? ¿O a Jorge Sánchez?

-Al asesinato. A Sánchez es fácil entenderlo.

Pensando que ojalá fuera así, Zubrinic dijo:

-A esa mujer la mató alguien que la odiaba o que quería dar esa impresión. Lo que viene a ser lo mismo.- Al ver la expresión de Battipede, explicó:- quiero decir que quien hiciera eso es capaz de esa clase de violencia, ya sea por ira o por cálculo. No vi el cadáver, pero vi las fotos.

Mientras esperaba que su superior continuara, Battipede se comió lo que le quedaba del sándwich y terminó el agua. Hizo una seña al hombre de la barra y levantó la jarra vacía.

-Tanto su mujer como la mía dirían que son simple prejuicios machistas- dijo Zubrinic-, pero estoy seguro de que eso no lo hizo una mujer.- Battipede asintió, en señal de aprobación de los simples prejuicios machistas, y Zubrinic prosiguió:- O sea, hay que encontrar un motivo por el que un hombre quisiera matarla, y tendría que ser un hombre que tuviera acceso a la vivienda o a quien ella le permitiera entrar.- El mozo puso la jarra en la mesa, y el comisario llenó los vasos antes de continuar:- Hasta ahora, lo único que encontramos que no encaja es el dinero: dejó de llegar cuando la mujer murió, y la abogada no dijo ni pío. Ignoramos qué sabía la sobrina, ni si sabía algo.- Se sirvió vino, pero no bebió-. Tampoco había motivo para que la doctora Feldman me hablara de ello, aunque estuviera al corriente- agregó.

-¿Puede haberse quedado con la guita?

-Desde luego.

Zubrinic le había hablado de Diana , y Battipede dijo.

-¿No es extraño que me cueste creer que una persona que tiene un perro como ese pueda ser mala?- Bebió un trago de vino, miró al mozo, levantó el plato de los sándwiches, lo dejó y dijo:- es curioso. La mayoría de las personas a las que arrestamos tienen hijos, y nunca se me ocurriría pensar que esto pudiera impedirles cometer un crimen.

En vista de que Zubrinic no hacía comentario alguno sobre esta observación, Battipede volvió al tema principal:

-También pudo mover el dinero la sobrina.

Pensando en lo que sabía acerca de las clases profesionales, Zubrinic agregó:

-O pudo hacerlo alguien del banco, una vez que supo que ella había muerto.

-Desde luego.

Llegaron más “pebetes”, pero Zubrinic sólo pudo comer la mitad de uno y dejó el resto en el plato.

Sin necesidad de aclarar que se refería a Fernanda, el comisario preguntó:

-¿Cree que podría averiguar quién hizo la transferencia?

Battipede apuró el vino, pero no volvió a llenar el vaso. Tras unos instantes de contemplación, respondió:

-Si hay algún dato en sus archivos, ella los encontrará.

-Es terrible, ¿no cree'?

-Sí, si sos banquero.

Regresaron al Departamento agobiado por el calor de la tarde y resentidos el uno con el otro por aquel almuerzo de pan del día y milanesas recalentadas. Fernanda, con aspecto de haber pasado el almuerzo en una habitación refrigerada mientras le planchaban el vestido, los saludó con una expresión insólitamente sombría cuando entraron a su despacho.

Al percibir su cambio de humor, Battipede preguntó:

¿Las transferencias?

-No las encuentro- respondió ella, lacónica.

A la mente de Zubrinic acudieron de pronto imágenes de la abogada: era bajita, de complexión rellena y mano firme. Trató de imaginarla detrás de la anciana, con el brazo levantado, pero entonces se superpuso a su figura el recuerdo de las revistas de pasatiempos que miraba con Verena: “Encontrá las siete diferencias”. Había visto las manos de la abogada Feldman acariciando las orejas de Diana. Se llamó a sí mismo idiota sentimental y prestó atención a lo que estaba diciendo Fernanda.

-...sido cualquiera de ellas- concluía, señalando el monitor de la computadora.

-¿Qué?- preguntó Zubrinic.

-La transferencia- repitió ella-. Pudo hacerla cualquiera de ellas.

-¿La sobrina?- preguntó Battipede.

Fernanda asintió.

-Lo único que necesitaba era el número de la cuenta, el poder y el código: la transferencia era automática. No tenían más que llenar el formulario y entregarlo al cajero.- Antes de que él pudiera preguntar si sería posible comprobar la firma del formulario, ella dijo:- No; el banco no nos lo daría sin una orden judicial.

Zubrinic hizo entonces la pregunta obligada.

-¿Y qué me dice de los bancos de las Islas Caimán?

Ella movió la cabeza negativamente.

-Probé varias maneras, pero nunca conseguí nada de ellos.- Mal que le pesara, había respeto en su voz.

Zubrinic sintió la tentación de preguntarle si ella tenía allá su dinero, pero se contuvo y dijo tan sólo:

-¿Se le ocurre alguna manera de localizar esa orden?

-Sin un mandamiento judicial, no, señor. -Y todos conocían las posibilidades de conseguir tal mandamiento.

-¿Encontró algo sobre la sobrina?- preguntó el comisario.

-Muy poco. Nacimiento, certificados escolares, historial médico, impuestos. Lo normal.- Zubrinic advirtió que no lo decía con ironía: para ella, averiguar estos datos de una persona era tan fácil como consultar la guía telefónica.

-¿Y bien?- preguntó Zubrinic

-Parece tan rara como su tía- respondió Fernanda.

-¿Dónde trabaja?

-Es ayudante de repostería en Callao y Lavallo- dijo ella, nombrando una panadería del centro de la ciudad, a la que el comisario había ido a comprar algún domingo por la mañana.

Hizo volver a Zubrinic de su divagación la llegada del agente Gonella, que venía corriendo y se agarró con una mano al marco de la puerta para frenar su carrera y no impactar en Battipede.

-Comisario- jadeó. Acabo de recibir una llamada para usted, de una mujer.

-¿Sí?- preguntó Zubrinic, alarmado por la expresión del agente, tan tranquilo habitualmente.

-Dice que vaya enseguida.

-¿Que vaya adónde, Gonella?.

El agente tardó un momento en responder.

-No lo dijo, comisario. Sólo que fuera ahora mismo.

-¿Por qué?

-Dice que mataron a Diana.

CAPÍTULO XVII

El nombre galvanizó a Zubrinic. Procurando mantener la voz serena, preguntó a Gonella:

-¿Le dijo desde dónde llamaba?

-No me acuerdo, comisario- respondió Gonella, sorprendido porque su superior mostrara interés por semejante nimiedad, ante un mensaje tan urgente.

-¿Qué le dijo exactamente, Gonella?- preguntó Zubrinic.

Al detectar la inflexión de voz de su jefe, Gonella soltó el marco de la puerta e irguió la figura. Su cara reflejó el esfuerzo que hacía para recordar la conversación.

-Como usted no contestaba, señor, la llamada fue desviada a la centralita, y allá, pensando que quizá usted estuviera con Battipede, la pasaron a nuestra oficina y la atendí yo.

Una vez más, y recordando lo que le había hecho perder a la Quiniela, Zubrinic sintió el deseo de golpear a la persona que tenía delante, pero sólo dijo:

-Continúe.

-Era una mujer, y me parece que lloraba, comisario. Preguntaba por usted y cuando le dije que lo iría a buscar me pidió que le dijera que fuera ahora mismo porque ellos habían matado a Diana.

-¿Dijo algo más, Gonella?- preguntó Zubrinic con calma férrea.

Como si le pidieran que recordara una conversación que había tenido lugar hacía semanas, Gonella cerró los ojos un momento, los abrió, miró fijamente al suelo y dijo:

-Sólo que la encontró al llegar. A Diana, supongo.

--¿Dijo dónde estaba, Gonella?- repitió Zubrinic con voz tensa.

-No, señor- insistió el agente-. Sólo dijo que la encontró al volver de almorzar.

Zubrinic relajó las manos, que tenía cerradas con los puños apretados a cada lado del cuerpo, y dijo al vigilante:

-Puede irse, Gonella.- Volviéndose hacia Battipede y Fernanda, sin darse por enterado de la ruidosa marcha de Gonella, Zubrinic dijo:- Averigüe dónde vive, Battipede, y vaya a ver si está en su casa. Yo iré al Estudio.

-¿Y si está, comisario?- preguntó Battipede.

-Pregúntele quiénes son “ellos” y por qué cree que mataron a la perra.

Zubrinic dio media vuelta y, antes de que Fernanda alargara la mano hacia la guía telefónica, ya había salido del despacho. Comprobando que llevaba el celular en el bolsillo, bajó la escalera y salió del edificio. Estacionado en el parking había un patrullero vacío, pero no quiso volver a entrar en busca del chófer y se encaminó hacia el centro.

Cuando llegó a la plaza de los Dos Congresos, tenía la ropa pegada a la espalda, y el cuello de la camisa, empapado en sudor. Al salir de las calles en sombra a Hipólito Irigoyen sintió el agobio del sol de la tarde. Al principio pensó que la brisa ligera que llegaba de la fuente sería un alivio, pero sólo le produjo un escalofrío al atravesar la tela húmeda.

Zubrinic cruzó rápidamente la plaza y torció por Rivadavia. El sol mantenía a casi todo el mundo dentro de las casas y oficinas. Ni bajo las sombrillas de los bares que bordeaban la calle había clientes. La gente esperaba a que el sol descendiera hacia el Oeste dejando por lo menos un lado de la calle en sombra.

La puerta de entrada estaba abierta, y Zubrinic subió corriendo la escalera hasta el despacho. Delante de la puerta del Estudio había un charco de lodo amarillento que podía ser vómito. Él pasó por encima y golpeó con el puño gritando:

-Soy Zubrinic, doctora.- Probó el picaporte y notó que cedía. Entró y volvió a gritar:- Estoy acá, abogada.- Notó un olor agrio y vio más líquido amarillo, ahora, en una mancha de la pared, al lado del escritorio de la secretaria y en el suelo.

Le pareció oír ruido detrás de la puerta del despacho. Sin pensar siquiera en la pistola, que estaba guardada bajo llave en un cajón de su mesa, Zubrinic cruzó la recepción y abrió la puerta del despacho de la doctora Feldman.

La abogada, sentada a su escritorio, se tapaba la boca con la mano izquierda, como si, al ver abrirse la puerta, hubiera querido ahogar un grito de pánico. A él le pareció que lo había reconocido, porque vio que disminuía un poco el terror que había en sus ojos, pero la mano no aflojó la presión sobre la boca.

Zubrinic, sin decir palabra, recorrió el despacho con la mirada. Vio a la perra en el suelo, a la izquierda de la mesa, en un charco de aquella maloliente sustancia amarilla. Diana tenía la boca abierta y toda la lengua fuera, cubierta de una espuma densa y blanquizca. El ojo visible estaba vidrioso y fijo en su dueña, acusador o suplicante.

El escalofrío de Zubrinic se debía tanto a la idea de lo que ahora tendría que hacer como a la refrigeración del despacho.

Se acercó a la mesa, esperó un momento y tendió la mano hacia la silenciosa mujer.

-Creo que debería usted venir conmigo, señora- dijo, sin acercarse más y manteniendo la voz serena.

Ella, todavía con la mano sobre la boca, movió la cabeza negativamente.

-Ya nada puede hacer por ella- dijo Zubrinic sin tratar de ocultar la pena que sentía por el animal-. Salgamos de acá. Creo que será lo mejor.

Evitando mirar a la perra, ella dijo:

-No quiero dejarla sola.- Está bien, doctora- afirmó, aunque no sabía qué quería decir con eso. Hizo un pequeño ademán con los dedos, invitándola a levantarse-. Venga. Está bien.

Ella retiró por fin la mano de la boca, la dejó en la mesa con la palma hacia abajo, puso al lado la otra mano y se levantó pesadamente, como una anciana. Sin mirar a la perra, salió de detrás de la mesa por el lado opuesto y fue hacia Zubrinic. El comisario la tomó del brazo y la llevó a la sala de espera, cerrando la puerta..

Él apartó el sillón de la secretaria y, colocándolo de espaldas a la mancha de la pared, la ayudó a sentarse. Acercó otra silla, la situó frente a la de ella, a un metro de distancia, y se sentó.

-¿Puede decirme que ocurrió, señora?- Ella no respondía-. Cuénteme qué pasó.

La abogada Feldman empezó a llorar. Lloraba suavemente, apretando los labios, con abundantes lágrimas. Cuando por fin empezó a hablar, su voz estaba sorprendentemente serena, como si relatara cosas que habían ocurrido en otro lugar o a otras personas.

-No tenía más que once años. Era casi un cachorro. Quería a todo el mundo.

-Es propio de esa raza, creo- dijo Zubrinic-. Son muy cariñosos.

-No desconfiaba de nadie, cualquiera pudo dárselo.

-¿Se refiere al veneno?

Ella asintió. Antes de que él pudiera preguntar cómo había podido pasar, ella dijo:

-Detrás de la casa hay un patio pequeño, la dejo ahí todo el día, incluso cuando salgo a almorzar. Todos lo saben.

-¿Todos los vecinos o todos sus clientes?

Ella, como si no hubiera oído la pregunta, dijo:

Cuando volví, fui a buscarla para subirla. Pero enseguida la vi. Había... había vómito por todas las baldosas y ella no podía andar. Tuve que subirla en brazos.- Miró en

derredor, vio la mancha de la pared pero no pareció darse cuenta de las que tenía en el vestido y en el zapato izquierdo y dijo:- La dejé ahí y volvió a vomitar. La llevé al despacho y llamé al veterinario, pero no estaba. Entonces volvió a vomitar. Y se murió.- Ninguno de los dos dijo nada hasta que ella continuó:- Luego lo llamé a usted. Pero tampoco estaba.- Lo dijo con una entonación que hizo que él se sintiera alcanzado por el mismo vago reproche que le había merecido el veterinario.

Sin darse por enterado, Zubrinic dijo, inclinándose ligeramente hacia ella:

-El agente que me avisó dijo que la habían matado. ¿Quién cree que fue, señora?

Ella juntó las manos, las insertó entre las rodillas e inclinó el tronco hacia adelante, de manera que él sólo le veía la parte superior de la cabeza y los hombros.

Los dos callaron durante mucho rato.

Cuando ella habló, lo hizo en voz tan baja que Zubrinic tuvo que inclinarse aún más para oír lo que decía:

-Su sobrina- dijo. Y después:- Nora.

Zubrinic, endureciendo ligeramente el tono, preguntó:

-¿Por qué iba a hacer ella algo así?

La mujer se encogió de hombros con tanta vehemencia que, instintivamente, él se apartó. Se quedó esperando una explicación y, al ver que no llegaba, preguntó:

-¿Quizá ha sido por algo relacionado con la herencia, abogada?- dijo, sin querer revelar que estaba enterado de la existencia de las cuentas bancarias.

-Quizá- respondió la letrada, y el bien entrenado oído de Zubrinic detectó un primer tono de evasiva, señal de que la mujer empezaba a salir del trauma causado por la muerte de la perra.

-¿Qué cree ella que ha hecho usted, señora?- preguntó el comisario.

Él estaba preparado para verla encogerse de hombros, pero no para que le mintiera mirándole a la cara:

-No lo sé- dijo.

Zubrinic comprendió que ése era el punto crucial. Si le dejaba pasar esa mentira, ya podía despedirse de sacarle la verdad, por más que preguntara. Con toda naturalidad, como si fuera un viejo amigo al que se ha invitado a sentarse junto al fuego para conversar en confianza, él dijo:

-No tendríamos ninguna dificultad en demostrar que usted sacó el dinero del país, abogada, y, aunque no consiguiéramos imputarle cargos, ya que dispone de un poder, su reputación quedaría en entredicho.- Entonces, como si acabara de ocurrírsele las ventajas de advertirle de otras posibles consecuencias, en su calidad de amigo, agregó:- Y supongo que también la DGI o el organismo que la haya reemplazado, da igual, querría hablarle de ese dinero.

Ella estaba estupefacta. Olvidando todas sus artes de leguleya, espetó:

-¿Cómo saben eso?

-Lo sabemos y basta- dijo él, ya sin ninguna compasión en la voz. Ella notó el cambio de tono, se irguió y hasta apartó un poco la silla. Zubrinic vio que endurecía la expresión tanto como él.

-Creo que más vale que hablemos claramente, señora- dijo. Al ver que ella iba a protestar, cortó:- No me importa el dinero ni lo que haya hecho con él: lo que quiero saber es de dónde procedía.- Nuevamente, vio que ella se disponía a hablar, y comprendió que, si no conseguía asustarla lo suficiente, le mentaría:- Si su explicación no me satisface, redactaré un informe oficial acerca de esas cuentas, mencionando el poder otorgado a favor de usted y la fecha y destino de esas transferencias.

-¿Cómo lo averiguaron?- preguntó ella con una voz que Zubrinic no le había oído hasta entonces.

-Como ya le dije, eso no hace al caso. Lo único que me interesa es saber de dónde venía el dinero.

-Ella mató a mi perra- dijo la mujer con repentina fiereza.
Zubrinic perdió la paciencia.

-Pues más le valdrá que no haya matado también a su tía porque, en tal caso, la próxima será usted.

Ella abrió mucho los ojos, acusando el golpe. Movi6 negativamente la cabeza una vez, dos, tres, descartando categ6ricamente tal posibilidad.

-No- dijo; no pudo ser ella. De ninguna manera.

-¿Por qué no?

-La conozco, se que ella no haría una cosa así.- El tono no admitía discusión.

-¿Y Diana? ¿No mató a Diana? Zubrinic ignoraba si esto era verdad, pero bastaba que ella lo creyera.

-Odia a los perros. Odia a los animales.

-¿La conoce usted bien?

-La conozco lo bastante como para saberlo.

-¿Y lo bastante como para saber que no mataría a su tía?

Su escepticismo fue para ella una provocación que le hizo responder:

-De haberla matado ella, le hubiera quitado el dinero antes. O al día siguiente.

Suponiendo que la abogada debía de saber que la sobrina también tenía un poder y que, quizá, lo habría redactado ella misma, Zubrinic preguntó:

-¿Pero usted se le adelantó?

Si la pregunta la ofendió no lo demostró y sólo respondió:

-Sí.

-Entonces quizá fue usted quien la mató- apuntó él, sin convicción, pero curioso por su reacción.

-Yo no mataría por tan poco- dijo la Feldman, a lo que él no supo qué comentario hacer y volvió a referirse a las cuentas bancarias.

-¿De dónde procedía el dinero?- Viendo que la mujer no iba a responder, prosiguió:- Usted era su abogada, ella le había dado un poder, algo tiene que saber.- Como ella seguía resistiéndose, dijo:- Quien la mató era una persona en la que ella confiaba lo suficiente como para dejarle entrar en la casa. Quizá sabía lo del dinero, o quizá fuera la persona que había estado dándosele durante años.- La vio especular, adelantarse a sus palabras y atisbar posibilidades. Renunciando a expresar la peor de ellas, Zubrinic dijo: Quizá le convenga que encontremos a esa persona, abogada.

-¿Puede ser la misma que la ha matado?- Como él no respondía, agregó: A Diana.

Él asintió, aunque pensaba que una persona capaz de una brutalidad como la empleada contra la Modarelli, no podía ser de las que te avisan por el procedimiento de matar a tu perro.

Toda la resistencia de la abogada cedió ante la evidencia de su propia vulnerabilidad.

-No sé quién era- dijo. De verdad que no lo sé. Ella nunca me dijo eso.

Zubrinic esperó casi un minuto a que ella continuase y, ante su silencio, preguntó:

-¿Qué le dijo?

-Nada. Sólo que el dinero era depositado mensualmente.

-¿Le dijo para qué necesitaba el dinero o qué quería hacer con él?

Ella movió la cabeza negativamente.

-No. Sólo que estaba allá.- Se quedó un rato pensativa y dijo con evidente extrañeza:- No creo que para ella fuera importante en qué gastarlo ni el hecho de poder disponer de él. Sólo le importaba tenerlo, saber que estaba ahí.- Levantó la cabeza y miró

en derredor, como buscando una explicación para una conducta tan extraña. Entonces se volvió hacia el comisario y dijo:- No me habló de él hasta hace tres años, cuando tuvo la idea de hacer testamento.

-¿Qué le dijo entonces?- volvió a preguntar Zubrinic.

-Sólo que estaba ahí.

-¿Le dijo para quién quería que fuera?

La abogada fingió confusión, y él repitió:

-¿Le dijo adónde quería que fuera el dinero? La había llamado para hablar del testamento, por lo tanto, debió de mencionar el fin que quería dar al dinero.

-No- respondió ella con evidente falsedad.

-¿Por qué le otorgó un poder a usted?

Ella tardó en contestar, mientras trataba de construir una respuesta plausible.

-Quería que me encargara de sus asuntos.- Era una razón muy vaga, pero ella no parecía dispuesta a dar detalles.

-¿Por ejemplo?

-Buscarle sirvientas, personal de servicio, quiero decir. Pagarles. Nos pareció lo más práctico, para que no tuviera que estar pidiéndole cheques a cada momento. Ella ya no salía a la calle, no podía ir al banco.- Esperó a ver cómo reaccionaba él y, como no decía nada, agregó:- Así era más fácil.

Debía de tomarlo por idiota, si pensaba que él creería que una persona como la señora Modarelli iba a confiar a alguien todo su dinero. Se preguntaba cómo habría conseguido la Feldman convencer a la anciana para que le firmara el poder o qué habría creído que firmaba. Le hubiera gustado saber quién estaba presente en el acto de la firma, en calidad de testigo. Como había dicho, le importaba poco adónde hubiera ido a para el dinero; él quería saber de dónde había venido.

-¿Así que usted utilizaba el dinero para pagar a las mucamas?

-Sí, los pagos de los suministros estaban domiciliados, es decir, se los descontaban directamente los bancos- aclaró quizá estúpidamente.

-Todos eran ilegales, ¿verdad?- preguntó él bruscamente.

Ella, fingiendo desconcierto, dijo:

-No sé a qué se refiere.

-Confieso que me asombra, abogada, que una letrada de este país no sepa a qué me refiero cuando hablo de trabajadores ilegales.

Abandonando toda prudencia, ella dijo:

-No pueden demostrar que yo supiera eso.

Él continuó, sosegadamente:

-Creo que va llegando el momento de que le explique ciertas cosas. El negocio que puede estar haciendo con inmigrantes ilegales y pasaportes falsos no me interesa, por lo menos, mientras investigo un asesinato, homicidio si lo prefiere. Pero, si sigue mintiéndome o rehuyendo responder a mis preguntas, me encargaré de que mañana mismo Inmigración reciba un informe completo de sus actividades, con las direcciones de las mujeres que actualmente están utilizando los papeles falsos de Fabia Álvarez Sturao en varias provincias, y de que los inspectores de la DGI o cómo diablos se llame ahora, se enteren de sus transacciones con las cuentas bancarias de la señora Modarelli.

Ella fue a protestar, pero él la atajó extendiendo una mano.

-Si vuelve a mentirme, hoy mismo daré parte de la muerte de su perra, sin excluir su afirmación de que la mató la sobrina de la señora Modarelli, lo cual dará lugar a que se la interrogue a ella acerca de las razones que pueda haber tenido para envenenar al animal.

Ella no lo miraba, pero él estaba seguro de que no se perdía ni una palabra.

-¿Está claro, señora?

-Sí.

-Quiero que me repita, palabra por palabra, todo lo que ella dijera respecto a esas cuentas y que me diga todo lo que usted pudo haber pensado, acerca de su posible origen, durante los años en que estuvo enterada de su existencia, cualquiera que fuera la fuente de esta información y el crédito que usted le diera.- Hizo una pausa.- ¿Entendido?

-Sí- suspiró, pero sabiéndola una mentirosa tan consumada, él no se dejó impresionar. La mujer dejó pasar un tiempo y prosiguió:- Me habló de las cuentas cuando hizo el testamento, pero en ningún momento me dijo de dónde había salido el dinero, ya se lo dije. Pero un día, hace un año aproximadamente, hablándome de su hijo, al que, como también ya le comenté, no llegué a conocer, me dijo que había sido un buen chico y le había asegurado la vejez. Que él y la virgen cuidarían de ella.- Zubrinic la miraba fijamente, preguntándose si estaría mintiéndole y si él podría detectarlo-. Ella repetía mucho las cosas-prosiguió-, como hacen las personas mayores, por lo que no le prestaba atención.

-¿Por qué fue esta vez a su casa? Antes me dijo que había testado hace tres años.

-Fui a hablarle del televisor. Quería pedirle que tratara de recordar que debía bajar el volumen antes de acostarse. Lo único que se me ocurrió para convencerla fue decirle que, si no, la policía iría y se lo precintaría. Ya se lo había dicho otras veces, pero se le olvidaban las cosas o quizá sólo recordaba lo que le convenía.

-Comprendo- dijo él.

-Y aquel día me repitió, una vez más, lo bueno que era su hijo, que se había quedado siempre a su lado. Fue entonces cuando dijo que la había dejado bien provista y bajo la protección de la Virgen. Yo, en aquel momento, no dí mucha importancia a sus palabras. Nunca le hacía caso cuando se ponía a divagar. Pero después se me ocurrió que podía estar hablando del dinero, que era el hijo quién se lo daba, o ponía los medios.

-¿Usted se lo preguntó?

-No, ya le dije que no se me ocurrió hasta unos días después. Y para entonces, ya había aprendido a no preguntar directamente por las cuentas, así que no dije nada.

El comisario deseaba hacerle más preguntas: cuándo había empezado a hacer planes para robar el dinero y qué le daba la seguridad de que la sobrina no la denunciaría. Pero, por el momento, había conseguido la información que deseaba. Consideraba que ya la había asustado lo suficiente como para hacerle decir la verdad y no se sentía ni orgulloso ni avergonzado de las técnicas que había utilizado.

Zubrinic se puso en pie.

Si tengo más preguntas, me pondré en contacto con usted- dijo-. Si se le ocurre algo más, llámeme.- Sacó una tarjeta, anotó el número de teléfono de su casa en el dorso y se lo dio.

Cuando él daba media vuelta para marcharse, ella lo detuvo diciendo:

-¿Y si no fue la sobrina, qué hago?

Él estaba casi seguro de que había sido la sobrina y que ella no tenía nada que temer. Pero, al recordar la espontaneidad con que ella había protestado que no mataría a nadie por tan poco, no vio por qué habría de ahorrarle el miedo.

-Procure no estar sola en su casa ni en el Estudio. Si observa algo sospechoso, llámeme- dijo, y se marchó.

CAPÍTULO XVIII

Una vez en la calle, Zubrinic llamó a Battipede, que contestó al celular desde el Departamento, adonde había regresado al no encontrar a nadie en el domicilio particular de la doctora Feldman. Zubrinic le explicó brevemente lo ocurrido en la oficina de la abogada y le pidió que lo esperase en La Academia, para ir a hablar por fin con la sobrina de la señora Modarelli.

-¿Cree que pudo haber sido ella?- preguntó el inspector y, como el comisario tardara en responder, puntualizó:- La que envenenó a la perra.

-Me parece que sí- respondió Zubrinic.

-Bueno, nos vemos allá- dijo Battipede y cortó.

Para ganar tiempo, Zubrinic tomó el 60 hasta Callao y Corrientes, eran sólo dos paradas. Bajó, cruzó en diagonal sin prestar mucha atención a la larga cola de turistas ligeros de ropa que aguardaban frente a la disquería Zivals, que anunciaba grandes descuentos por su reinaguración, dejó a la izquierda una de las bocas del subte B y se dirigió al bar.

En la calle lo había asaltado el calor. Antes, un calor como ése solía hacer que el número de turistas menguara, ahora, parecía tener el mismo efecto que el interior de la Interprice: las formas de vidas extrañas se multiplicaban a la primera mirada. Cuando llegó a la puerta del bar vio a Battipede al otro lado de la calle y se preguntó cómo había hecho para llegar al mismo tiempo que él.

Entraron juntos a La Academia. Battipede pidió un café y Zubrinic movió la cabeza afirmativamente sumándose a la petición. La vitrina estaba llena de sandguchitos de miga, los preferidos de Verena. El calor los hacía poco apetitosos por igual.

Mientras tomaban los cafés, Zubrinic dio detalles de su conversación con la abogada. De la perra solo dijo que había sido envenenada, sin explicar las circunstancias. Salieron del bar. Se dirigieron a la panadería de Callao y Lavalle, y entraron. Pidieron agua.

-Eso quiere decir que esta mujer- acá Battipede señaló la trastienda, donde se suponía que estaba la cocina- conocía a la Feldman lo suficiente como para saber qué era lo que más podía dolerle.

-Quien la hubiera visto con su perra, aunque no fuera más que una sola vez, lo sabría- dijo Zubrinic recordando su primera visita y la cabeza del animal.

Battipede terminó el agua y levantó el vaso en dirección a la mujer que estaba detrás del mostrador. Zubrinic bebió la suya, dejó el vaso y asintió cuando la mujer lo miró con una botella en la mano.

Mientras ella les servía el agua, Zubrinic preguntó:

-¿Está la señorita Brazzola?

-¿Se refiere a Nora?- preguntó la mujer con evidente curiosidad por lo que pudieran querer aquellos dos hombres.

-Sí.

-Me parece que sí- dijo ella, incómoda, dando un paso atrás y volviéndose hacia una puerta del fondo-. Voy a preguntar.

Antes de que la mujer se alejara, Zubrinic levantó una mano y dijo:

-Preferiría que no le dijera nada, señora, hasta que hayamos hablado con ella.

-¿Policía?- dijo ella abriendo mucho los ojos.

-Sí- respondió el comisario, preguntándose por qué se molestaban en llevar credenciales, si era tan fácil reconocerlos, incluso por una empleada de panadería.

-¿Es por ahí?- preguntó Zubrinic, señalando una puerta abierta detrás del extremo más alejado del mostrador.

-Sí- dijo la joven-¿qué es lo que ...?- dejó la frase sin terminar.

Battipede preguntó, sacando una libreta:

-¿Sabe a qué hora llegó hoy, señora?

-A eso de las dos, o poco más- dijo ella.

A Zubrinic le pareció ésa una hora muy extraña para empezar la jornada de trabajo en una panadería. Pero la mujer enseguida le dio una explicación:

-La semana que viene habrá una inspección de Bromatología, y tenemos que prepararnos. Todos hacen media jornada extra.

Zubrinic no creyó oportuno comentar que se suponía que tales inspecciones no se anunciaban.

-Algunos trabajadores vienen por la tarde, para hacer los preparativos.

-Comprendo- dijo el comisario. Señalando la puerta, preguntó:- ¿Por ahí?

Entonces, de repente, la mujer objetó:

-Creo que más vale que la dueña les enseñe el camino.- Sin esperar su respuesta, se acercó a una mujer de pelo revuelto y sucio que estaba en la caja e intercambió unas frases con ella. La dueña miró con suspicacia a los policías, a la empleada y otra vez a los hombres. Dijo algo y cedió su puesto en la caja a la dependienta.

La mujer de pelo enmarañado se acercó y preguntó:

-¿Qué es lo que hizo?

Zubrinic, esbozando una sonrisa que quería ser afable, mintió:

-Nada, que yo sepa, señora...

-Cardiello, Cecilia Cardiello.

-Encantado. Pero como ya debe de saber, su tía fue víctima de un asesinato, y pensamos que la señorita Brazzola puede darnos datos que nos ayude en nuestra investigación.

-Creí que ya sabían ustedes quién lo hizo- dijo ella en tono más acusador- ¿No fue la peruana?-. Mientras hablaba con ellos, volvía la mirada hacia la empleada, cada vez que un cliente se acercaba a la caja.

Eso parece- dijo Zubrinic-, pero necesitamos más información acerca de la tía.

-¿Y tienen que venir a pedírsela acá?- preguntó ella con agresividad.

-No, señora, acá no. Pensé que podríamos hablar con ella ahí adentro, en la cocina.

-Quiero decir acá, en el trabajo. Yo le pago para que trabaje, no para que hable de su tía.- Con frecuencia, y siempre para su sorpresa, la vida ofrecía a Zubrinic nuevas pruebas del legendario mercantilismo de los argentinos. No era miserabilidad lo que le sorprendía sino su falta de recato en mostrarlo.

-La comprendo, señora, desde luego- sonrió-. Por lo tanto, quizá sea preferible que vuelva después y ponga personal de uniforme en la puerta mientras hablo con ella. O quizá podría preguntar a los de Bromatología cómo ustedes ya saben que van a tener una inspección la semana próxima.- Antes de que ella pudiera decir algo, terminó:- O quizá podamos pasar a la cocina a hablar con la señorita Brazzola un momento.

La mujer se puso colorada de un furor que no podía exteriorizar, mientras Zubrinic se sentía incapaz de hacerse reproche alguno por aquel flagrante abuso de autoridad.

-Al fondo- dijo la mujer, volviendo a la caja.

Battipede abrió la marcha camino a la cocina, que estaba iluminada con una batería de ventanas abiertas en la parte posterior. Las estanterías metálicas que discurrían a lo largo de las otras tres paredes estaban vacías y las puertas de cristal de los hornos relucían. Un hombre y una mujer, con delantales y gorros de una blancura inmaculada, estaban frente a un profundo fregadero llenode humeante agua jabonosa. De la espuma emergían asas de utensillos y extremos de las tablas anchas en las que se deja reposar la masa antes de cocerla.

El ruido del agua corriente ahogaba cualquier otro sonido, por lo que Zubrinic y Battipede habían llegado a menos de un metro de aquellas dos personas cuando el hombre advirtió su presencia y se volvió. Al verlos, cerró la canilla y dijo en el repentino silencio:

-¿Sí?

Era más bajo de lo normal, y rechoncho, pero tenía bellas facciones que en este momento reflejaban una viva curiosidad.

Al parecer, la mujer no se dio cuenta de su llegada hasta que oyó hablar a su compañero, y entonces se volvió. Era más baja que él y llevaba unos anteojos de robusto armazón rectangular y unos cristales tan gruesos que daban a sus ojos el aspecto de bolitas gigantes. Cuando su mirada fue de Zubrinic a Battipede, el foco de las lentes osciló con el movimiento de la cabeza, y pareció que las bolitas rodaban bajo el vidrio. Si el hombre había manifestado curiosidad al ver a dos desconocidos, ella permaneció extrañamente indiferente frente a kilos y kilos de naranjas listos para preparar la „plumcake“, especialidad de la casa. No demostró otra señal de vida que aquellos ojos rodantes.

-¿La señorita Brazzola?- preguntó Zubrinic.

Ella volvió la cabeza en dirección a la voz con un movimiento que recordaba el de una lechuza, y analizó la pregunta antes de responder:

-Sí.

-Si hace el favor, me gustaría hablar con usted.

La mirada del hombre iba de Zubrinic a la mujer, a Battipede y otra vez a la señorita Brazzola, buscando sentido a la presencia de los dos visitantes, pero ella mantenía los ojos fijos en las naranjas, sin decir nada.

Fue Battipede quien se dirigió al hombre:

-¿Hay algún sitio en el que podamos hablar con la señorita Brazzola en privado?

El hombre movió la cabeza negativamente.

-Acá no hay nada de eso- dijo-. Pero yo puedo salir a fumar un cigarrillo mientras ustedes hablan.

Zubrinic asintió y el hombre se quitó el gorro y se enjuagó el sudor de la cara con la parte interior del codo. Se levantó la bata, sacó un paquete de Particulares 30 del bolsillo del pantalón y se fue. Zubrinic observó que había una puerta que daba a la calle.

-Señorita Brazzola- empezó el mayor de los dos hombres- soy el comisario de policía Drago Zubrinic.

La cara de la mujer pasó de la simple inmovilidad a la congelación. Hasta los ojos detuvieron su rápido vaivén entre Zubrinic y Battipede, y volvieron a quedar fijos en las naranjas amontonadas junto a las ventanas del fondo. El comisario observó su cara, vio la nariz chata, el encrespado pelo color anaranjado que escaba del gorro y el cutis reluciente, no se sabía si de transpiración o de grasa natural. Bastó la simple vista de tanta vacuidad para que se convenciera de que aquella mujer no era capaz de manejar una computadora para hacer transferencias a cuentas anónimas de las Islas Caimán.

-Desearía hacerle algunas preguntas.

Ella no dio señales de haberle oído ni apartó la mirada de la pared del fondo.

-Es usted Nora Brazzola, ¿no?

El sonido de su nombre pareció surtir cierto efecto, porque ella movió la cabeza de arriba abajo.

-¿Sobrina de Alessandra Modarelli?

Eso le hizo volver la mirada hacia él.

Cuando ella abrió la boca para hablar, Zubrinic observó que tenía los dos incisivos superiores muy grandes y salidos.

-Tengo entendido que es usted su heredera, señorita.

-Su heredera. Sí- afirmó ella-. Yo tenía que heredarlo todo.

Entre desconcertado e inquieto, el comisario preguntó:

-¿Y no lo heredó?

Mientras la miraba, se sorprendía de que aquella mujer le recordara distintos animales. Una lechuza. Un roedor enjaulado. Y ahora, al oír esta pregunta, una especie salvaje y furtiva.

Volviendo hacia él sus ojos aumentados, ella preguntó:

-¿Qué quiere usted?

-Deseo hablar de la herencia de su tía, señorita.

-¿Qué quiere saber?

-Me gustaría que me dijera si sabe de dónde procedía su dinero.

A ella se le despertó el instinto de ocultar toda señal de riqueza.

-Mi tía no tenía mucho dinero- aseguró.

-Pero tenía cuentas en varios bancos- dijo Zubrinic.

-De eso no se nada.

-En la Banca Nazionale del Lavoro y en otros cuatro.

-No sé.- La voz era tan impasible como la expresión.

Zubrinic lanzó una mirada a Battipede y el inspector alzó las cejas para indicar que también él había reconocido la terquedad de mula con que los campesinos siempre se habían enfrentado al peligro. El comisario, viendo que las buenas razones se estrellarían en la coraza de la estupidez, dijo, imprimiendo una severidad áspera en su voz:

-Señorita, puede usted elegir entre dos caminos.

El tono capturó la atención de la mujer y sus ojos buscaron la cara de Zubrinic.

-Podemos hablar de la fuente del dinero de su tía o podemos hablar de perros.

Ella abrió la boca para hablar, enseñando sus grandes dientes, pero Zubrinic se lo impidió:

-Y no creo que quien tenga un negocio de cosas de comer quiera seguir dando trabajo a una persona acusada de utilizar veneno, ¿no le parece, señorita Brazzola?- Observó el efecto de esto y prosiguió, en tono coloquial:- Tampoco me parece que su jefa sea de las que tienen mucha paciencia con una empleada que falta al trabajo porque tiene que comparecer a juicio, ¿verdad? Siempre y cuando -agregó, después de darle un momento para que reflexionara sobre estas dos posibilidades-, esa empleada aún tuviera a su lado a una abogada que la ayudara en el juicio.

La señorita Brazzola agarró con la mano derecha los dedos de la izquierda y se puso a frotarlos, como si tratar de volverlos a la vida. Sus lentes enfocaron la cara de Battipede y después la de Zubrinic. Sin dejar de friccionarse la mano, empezó:

-Yo no...

Pero Zubrinic la interrumpió diciendo con voz potente:

-Inspector, diga a la dueña que nos la llevamos. Y explíqueme por qué.

-Sí, comisario -dijo Battipede, volviéndose hacia la puerta, como si la orden no admitiera réplica-.

No había dado ni un paso cuando ella dijo con voz chillona de terror.

-No, espere. Ya se lo digo, ya se lo digo.- Tenía un hablar baboso, como si necesitara mucha saliva para pronunciar las consonantes.

Battipede se detuvo, manteniéndose por lo menos a un metro de ella, para no sumar la amenaza de su corpulencia a la que había en las palabras de Zubrinic. Los dos hombres la miraban sin decir nada.

-Fue Kechy- dijo. Él lo consiguió para su madre, pero no sé cómo. Ella no quiso decírmelo, sólo decía lo muy orgullosa que estaba de él, que siempre pensaba en ella ante todo.- Acá calló, como si creyera que esto bastaba para responder a sus preguntas y salvarla de sus amenazas.

-¿qué le decía ella exactamente?- preguntó un Zubrinic implacable.

-Ya se lo dije- respondió ella, beligerante.

Zubrinic dio media vuelta:

-Vaya, Battipede.

La señorita Brazzola miraba a uno y otro, buscando compasión. Al no encontrarla, echó la cabeza hacia atrás y se puso a aullar como un animal herido.

Temiendo lo que pudiera ocurrir, Zubrinic dio un paso hacia ella, pero se detuvo y retrocedió, porque no quería que lo vieran cerca de la mujer si alguien entraba a investigar. Al instante, apareció la dueña, que gritó:

-Nora. Basta. O te callás, o te vas ya mismo y no volvés más.

Al momento, tan repentinamente como había empezado, el alarido cesó, pero la señorita Brazzola siguió sollozando. La dueña miró a Zubrinic y a Battipede, hizo un sonido de desagrado y se fue, cerrando la puerta.

El comisario, sin piedad, dijo a la mujer:

-Ya la oyó, Nora. No va a tener muchos miramientos con usted si le cuento lo de Diana y el veneno.

Nora se quitó el gorro y se limpió los labios y la nariz con él, sin dejar de sollozar. Dejó los anteojos encima de un horno, se enjuagó las lágrimas y miró a Zubrinic con los ojos desnudos, bizcos y casi invidentes.

Reprimiendo la lástima, él preguntó:

-¿qué más le dijo, Nora? del dinero.

Cesaron los sollozos y ella secó las últimas lágrimas. Extendió la mano buscando los anteojos a tientas. Zubrinic observaba cómo la mano se acercaba, se alejaba y volvía a acercarse, reprimiendo el deseo de ayudarla. Finalmente, sus dedos tropezaron con ellos y, tomándolas cuidadosamente con las manos, se las puso.

-¿Qué le dijo su tía, Nora?- repitió Zubrinic-. ¿De dónde sacaba Kechy ese dinero?

-De alguien del trabajo- dijo ella-. Mi tía estaba muy orgullosa de él. Decía que eso era el premio por ser tan listo. Pero lo decía como burlándose, como si Kechy hubiera hecho algo malo para conseguirlo. Pero a mí eso me daba igual, porque ella decía que lo que él había hecho tenía la protección de la Virgen. Entonces no podía ser malo, ¿verdad?

Zubrinic hizo como si no hubiera oído la pregunta.

-¿Sabía usted dónde estaba el dinero, en qué bancos?

Ella bajó la cabeza y asintió mirando al suelo.

-¿Sabe cómo llegaba hasta allá?

Silencio. Zubrinic se preguntaba que embarullada evaluación estaría ella haciendo de su pregunta y con cuánta verdad decidiría responder.

La mujer lo sorprendió al decir, sencillamente:

-Lo llevaba yo. Él, disimulando su momentáneo desconcierto, preguntó:

-¿Cómo?

-Desde que murió Kechy, yo iba a verla todos los meses, ella me daba el dinero y yo lo llevaba a los bancos.- Por supuesto, por supuesto: a él en ningún momento se le había ocurrido interrogarse acerca del medio físico por el que se hacían los depósitos, imaginando que debían ser complejas transferencias que sólo las artes de Fernanda podrían detectar.

-¿Y los recibos?

-Se los llevaba a ella. Todos los meses.

-¿Dónde están ahora?

Silencio.

Alzando la voz, él repitió:

-¿Dónde están ahora?

Ella respondió en voz muy baja, obligándole a agacharse para entender lo que decía:

-Ella me dijo que los quemara.

-¿Quién?- preguntó el comisario, aunque ya tenía una idea.

-Ella.

-¿Quién?

-La abogada- respondió la mujer, resistiéndose a pronunciar el nombre de la Feldman.

-¿Y usted los quemó?- preguntó él, intrigado por saber si realmente ella comprendía que de este modo había destruido la prueba de que aquel dinero había existido.

Entonces ella lo miró y Zubrinic vio que los cristales de los lentes se habían mojado, de las lágrimas que habían caído en ellos mientras Nora tenía la cabeza inclinada, y que los ojos estaban más extraviados que nunca.

-Usted los quemó, Norita?- preguntó él sin suavizar la voz pese al diminutivo.

-Me dijo que era la única manera, para que pudiera quedarme con la plata, porque, si la policía encontraba los recibos, sospecharían- dijo ella, y en cada una de sus palabras se percibía el dolor por la pérdida.

-¿Y después, señorita, qué pasó cuando fue a los bancos a sacar el dinero?- preguntó el comisario.

-Los del banco... todos me conocían... me dijeron que las cuentas estaban cerradas.

-¿Y qué le hizo pensar que la doctora Feldman se había llevado el dinero?- preguntó él, introduciendo el nombre de la abogada en la conversación por primera vez.

-Porque la tía Alessandra me había dicho que ella era la única persona que sabía lo del dinero, además de nosotras. Y que podía fiarme de ella. -Dijo esto con audible resentimiento- ¿Quién más podría llevárselo?

Zubrinic miró al silencioso Battipede levantando el mentón en señal interrogativa. El inspector cerró los ojos un momento y meneó la cabeza: eso era todo, de esta mujer no podrían sacar nada más.

Sin una palabra, el comisario dio media vuelta y empezó a andar hacia la puerta.

A su espalda ,oyó el vozarrón de Battipede.

-¿Por qué mató a la perra, Nora?

Zubrinic se paró, pero no se volvió. Transcurrió tanto tiempo que cualquiera que no fuera el impávido Battipede hubiera abandonado la espera. Finalmente, salivando las consonantes más que nunca, ella escupió:

-Porque la gente quiere a los perros.

Tras una breve pausa, Zubrinic oyó los pasos de Battipede y siguió caminando hacia la puerta de la tienda.

CAPÍTULO XIX

-Bien- dijo Zubrinic cuando salieron a Callao-. ¿Qué le pareció?

-Usando el término que les enseñan a mis hijos en la escuela, yo diría que es una persona con „capacidad diferente“.

-¿Quiere decir, discapacitada?

-Sí, señor; tanto por su aspecto y su manera de gritar al ser contrariada como por una falta casi absoluta de reacciones y sentimientos humanos.

-Eso describe a la totalidad, o casi, de nuestros colegas del Departamento.

Battipede tardó un segundo en captarlo, y entonces le dio tal ataque de risa que tuvo que apoyarse en la pared de una casa hasta que se calmó. Zubrinic, orgulloso de su ocurrencia, decidió mencionarla a la Catona y se preguntó si Battipede lo comentaría con Fernanda.

Cuando el inspector se hubo repuesto, el comisario siguió hacia la parada del 60.

-¿Cree que ella pudo tener algo con la muerte de su tía?.

La respuesta de Battipede fue inmediata:

-No. Al preguntarle usted por las cuentas y amenazarla con hacer que la despidieran si no contestaba, se puso a gritar, pero, cuando le habló de su tía, se quedó tan tranquila.

Lo mismo pensaba Zubrinic, pero le alegraba saber que el inspector confirmara su opinión.

-Tenemos que hacer una lista de todas las personas que trabajaban con Kechy en el PAMI-dijo y rectificó-: Por lo menos, que trabajaban con él cuando empezaron los pagos.

-Eso será fácil, si los datos están informatizados- dijo Battipede.

-Me sorprende que ella no le ponga deberes para hacer en casa por la noche-sonrió Zubrinic. Como Battipede no respondía, preguntó-: ¿O se los pone?

Llegaron a la parada y se guarecieron en ella, agradeciendo la sombra. Battipede se rascó la cabeza y volaron varios pelos.

-No es que no me ponga deberes, comisario. Pero me conseguí una laptop. Y a veces me sugiere que pruebe hacer cosas.

-¿Yo lo entendería?

Battipede miró hacia arriba.

-Lo dudo, señor- respondió finalmente-. Ella dice que estas cosas tenés que aprenderlas probando diferentes maneras de hacerlas y diferentes maneras de planteártelas. Por eso necesitás una “compu” siempre a mano.- Miró a Zubrinic y se aventuró a agregar-: Y también necesitás una sensibilidad especial para la informática.

Zubrinic fue a defenderse diciendo que sus hijos y también su mujer tenían y usaban computadoras, pero le pareció una respuesta pueril y se limitó a preguntar:

-¿Cuándo podremos tener esos nombres?

-Mañana por la tarde a más tardar- dijo Battipede. Yo no estoy seguro de poder conseguirlos, y Fernanda tenía una cita esta tarde.

-¿Dijo dónde?

-No, señor.

-Entonces, vamos a dejarlo para mañana- propuso Zubrinic mirando el reloj. No había por qué volver ahora a la jefatura, y Zubrinic, de pronto, sentía que los

acontecimientos del día lo habían dejado exhausto. No deseaba sino irse a su casa, cenar con su familia y pensar en algo que no fuera muerte o codicia. Battipede aceptó de buena gana la idea y subió al 124 que iba a Devoto, dejando a su superior esperando el 60, el que llegaría en pocos minutos- probablemente- para llevarlo a su casa.

Pero, cuando el colectivo llegó, Zubrinic no se subió a bordo y se tomó el Subte B hasta 9 de Julio e hizo trasbordo por la C hasta Avenida de Mayo. Sólo tuvo que andar dos cuadras para llegar al edificio de la calle Piedras, donde el PAMI tenía sus oficinas. El comisario mostró su credencial al portero, que le dijo que “Personal” estaba en el tercer piso. Como nunca se había sentido cómodo en los ascensores, Zubrinic subió por las escaleras. En el piso tercero, un letrero señalaba hacia la derecha por un pasillo estrecho, en cuyo extremo se encontraban las puertas vidrieras de “Recursos Humanos” y de “Asesoría Jurídica para Jubilados y Pensionados”. Después de franquearlas, Zubrinic se encontró en una sala espaciosa, cuatro veces mayor que su despacho. Sillas de plástico, apilables, se alineaban junto a las paredes a uno y otro lado de la entrada, frente a la cual había una mesa deteriorada y, detrás de la mesa, una mujer no menos deteriorada, si bien algo le hizo sospechar que el deterioro de la mujer era deliberado más que fortuito.

Como no había nadie más, Zubrinic fue hacia ella. La mujer podría tener entre treinta y cincuenta años: el maquillaje estaba aplicado con suficiente abandono como para impedirle afinar en el cálculo. El rojo que acentuaba el relieve de sus labios se había introducido en las finas arruguitas que le festoneaban el labio inferior, poniendo en su boca una insinuación de promesa juvenil al tiempo que subrayaba las huellas de mucho fumar. Los ojos eran verde oscuro, de un misterioso esmeralda, y tan brillantes que sugerían el uso de lentes de contacto o de psicotrópicos. No tenía cejas, sólo unas líneas marrones que le describían pronunciadas curvas en la frente, con una trayectoria caprichosa.

Zubrinic sonrió al acercarse a la mesa. Ella movió los labios en correspondencia y preguntó:

-¿Viene por el depósito de agua corriente? Tenía una voz llana, sin modulaciones, que podía salir tanto de aquellos labios exagerados como de una máquina.

-¿Cómo dice?

-¿Viene por el depósito de agua potable?- rebobinó ella.

-No, vengo a hablar con el director.

-¿No viene por el depósito de agua?

-No, lo siento.

Él observó cómo esta información era procesada en algún lugar situado detrás de los ojos esmeralda. El que se frustraran sus expectativas, pareció abrumarla momentáneamente, obligándola a cerrar los ojos. Él vio que de la sien izquierda le asomaban dos bolitas de plata, pero se resistió a hacer cábalas sobre su origen, y, más aún, sobre su finalidad.

Los ojos se abrieron. Quizá los abrió la mujer, pero él no hubiera podido jurarlo.

-El doctor Lanz está en su despacho- dijo ella alzando una mano de largas uñas color verde y agitándola en dirección a una puerta situada detrás de su hombro izquierdo.

Zubrinic le dio las gracias, decidió no decirle que deseaba que el hombre del tanque de agua potable llegara pronto y fue hacia la puerta. Al otro lado había un pasillo corto, con puertas a la izquierda y una serie de ventanas que daban a un pequeño patio interior con más ventanas al otro lado.

El comisario avanzó por el pasillo, leyendo los nombres y títulos de los cartelitos al lado de cada puerta. Los despachos estaban silenciosos, aparentemente abandonados. Al final del corredor, torció a la derecha: ahora había puertas a ambos lados, pero ninguna era la del director.

Dobló otra vez a la derecha y, al extremo de este pasillo, encontró una placa metálica en la que leyó: DOCTOR ALFREDO OMAR LANZ, DIRECTOR, y llamó a la puerta.

-Adelante- gritó una voz, y Zubrinic entró.

El hombre que estaba sentado a la mesa levantó la cabeza, pareció sorprendido al ver entrar a un desconocido en su "templo" y preguntó:

-¿Sí? ¿Qué desea?

-Soy el comisario Drago Zubrinic, doctor. Vine a hacerle unas preguntas acerca de un hombre que trabajó acá.

-¿Comisario de policía?- preguntó Lanz y, a la señal afirmativa de Zubrinic, le indicó una silla situada frente al escritorio. Al acercarse Zubrinic, Lanz se levantó y le tendió la mano. Cuando aquel hombre se irguió en toda su estatura, Zubrinic pudo apreciar que era al menos una cabeza más alto que él. Aunque más corpulento que el comisario, Lanz no daba sensación de gordura. Aparentaba unos cincuenta años, conservaba unos débiles pelos rubios que le oscilaban sobre la frente cuando movió la cabeza, tenía una cara bronceada que irradiaba de todo menos salud y, a pesar de su envergadura, se movía con elegancia.

La misma impresión de simulada masculinidad producía el despacho: encima de una estantería acristalada, una hilera de trofeos deportivos; a la izquierda del escritorio, las fotos enmarcadas en plata de una mujer, un niño y un perro, en las paredes cinco o seis certificados de aprovechamiento y asistencia, uno de estos diplomas, el pergamino grabado en relieve que otorgaba el título de abogado y procurador a Alfredo Omar Lanz.

Cuando estuvo sentado, Zubrinic dijo:

-Se trata de una persona que trabajó acá hasta hace unos cinco años, doctor: Kechy Modarelli.

Lanz movió la cabeza de arriba abajo, invitando a Zubrinic a continuar, pero no dio señales de reconocer el nombre.

-Nos interesa averiguar varias cosas de él- continuó el comisario-. Trabajó acá más de una década.- como Lanz guardaba silencio, Zubrinic preguntó: ¿Puede decirme si lo conoció, doctor?

Lanz reflexionó.

-Quizá. No estoy seguro.- Zubrinic ladeó la cabeza solicitando aclaración y Lanz explicó:- Yo me encargaba de las oficinas de Zárate y Campana.

-¿Desde acá?- preguntó Zubrinic.

-No, no- dijo Lanz, sonriendo para pedir indulgencia por su falta de precisión-. Entonces yo estaba en Zárate. No me trasladaron acá hasta hace dos años.

-¿En calidad de director?

-Sí.

¿Y entonces se mudó a Buenos Aires?

Lanz volvió a sonreír y frunció los labios ante la persistencia de la confusión.

-No, yo siempre viví en la ciudad.- A Zubrinic le chocaba que el hombre siguiera hablando con tantos remilgos. Quizá Lanz deseaba mantener la dignidad del cargo-. De

manera que el traslado fue doblemente bienvenido, porque me evitaba tener que desplazarme a Zárate todos los días- prosiguió Lanz.

El comisario advirtió que se habían desviado del tema y volvió a la pregunta original:

-Dijo usted que quizá lo conociera, doctor. ¿Puede ser más explícito?

-Supongo que, en realidad, debí de conocerlo- respondió Lanz y agregó, al observar la extrañeza de Zubrinic:- Es decir, como se conocen a las personas que trabajan en la misma oficina o departamento. Uno las ve o sabe cómo se llaman, pero no se llega a tratarlas personalmente, ni a hablar con ellas.

-¿Solía usted venir a esta oficina mientras trabajaba en Zárate?

-Sí. El hombre al que sustituí en el cargo de director estaba acá, por lo que, mientras dirigía la oficina de Zárate, yo tenía que venir una vez a la semana para asistir a las reuniones, porque la dirección central estaba acá.- Adelantándose a la pregunta de Zubrinic, Lanz dijo: No recuerdo haber conocido ni haber hablado con una persona de ese nombre. Es decir, el nombre me suena, pero no puedo asociarlo a una persona en concreto. Y, cuando me trasladaron, él ya había de haberse marchado, si dice usted que se fue hace cinco años.

-¿Oyó hablar de él a otros empleados?

Lanz movió la cabeza en silenciosa negativa y dijo:

-No que yo recuerde. No.

-¿Alguien habló de él después de la muerte de su madre?- preguntó Zubrinic.

-¿Su madre?- dijo Lanz, y entonces su cara reflejó la asociación de ideas:- ¿La mujer a la que mataron?

El comisario asintió.

-No había establecido la relación- expresó Lanz-. Es un apellido bastante corriente.- Acá cambió el tono de voz.- ¿Por qué preguntan ahora por él?

-Se trata, simplemente, de descartar una posibilidad, doctor. Asegurarnos de que no hubo relación alguna entre él y la muerte de su madre.

-¿Después de cinco años?- preguntó Lanz:- dijo usted que se marchó de acá hace cinco años.- Su tono daba a entender que pensaba que el comisario podría dedicar su tiempo con más provecho a indagar en otras cosas.

Zubrinic, haciendo caso omiso de la insinuación, dijo:

-Como ya le dije, doctor, se trata de descartar posibilidades más que de establecer asociaciones. Por eso preguntamos.- Hizo una pausa, para dar a Lanz la oportunidad de hacer objeciones, pero éste calló. Zubrinic se apoyó en el respaldo de la silla y, mostrando las palmas de las manos en ademán de resignación, dijo:

-A decir verdad, doctor, estamos un poco desconcertados, no tenemos ni idea de la clase de persona que era.

-Pero fue a la madre a quien mataron, ¿no?- preguntó Lanz, como el que ha asumido la responsabilidad de recordar a la policía cuál es su tarea.

-En efecto- respondió el comisario, y volvió a sonreír-. Debe de ser simple cuestión de hábito. Siempre tratamos de reunir la mayor información posible acerca de las víctimas y de las personas de su entorno.

Como rememorando, Lanz preguntó:

-Pero, ¿no dijeron los periódicos entonces algo sobre una inmigrante, una paraguaya o algo así?

-Peruana- puntualizó Zubrinic automáticamente. Algo le dijo que a Lanz no le gustaba que le rectificaran, y agregó:- No es que importe eso, desde luego, doctor. Habíamos pensado que quizá podríamos encontrar alguna razón por la que ella estuviera resentida con la señora Modarelli.- Y, antes de que Lanz dijera algo, explicó:- El hijo pudo haberla ofendido.

-Pero cuando ella empezó a trabajar en la casa el hijo ya había muerto, ¿no?- preguntó Lanz, como sumando esta circunstancia a las otras que demostraban la futilidad de las preguntas del comisario.

-Sí, cierto- dijo Zubrinic, repitiendo el ademán de palmas arriba, ahora, con menos énfasis, y poniéndose en pie-. Me parece que no tengo más preguntas, doctor. Muchas gracias por su atención.

Lanz se levantó.

-Espero haberle servido de ayuda- dijo.

Zubrinic ensanchó la sonrisa más aún.

-Me temo que sí, doctor- dijo, y agregó a renglón seguido, al ver la sorpresa de Lanz-, ya que nos ha permitido eliminar una posibilidad. Ahora tendremos que volver a concentrar la atención en la señora Modarelli.

Lanz acompañó al comisario hasta la puerta del despacho. Tuvo que agacharse un poco para asir el picaporte. Tendió la mano y Zubrinic se la estrechó: dos funcionarios públicos que se saludan tras unos minutos de fructífera colaboración. Reiterando al doctor el agradecimiento por su colaboración, Zubrinic se dirigió a la puerta y se dispuso a bajar la escalera, mientras se preguntaba cómo podía saber el doctor Lanz que Kechy Modarelli, al que decía no conocer, había muerto y que Fabia Álvarez había empezado a trabajar para su madre mucho después.

Eran más de las nueve cuando Zubrinic llegó a su casa, pero la Catona había decidido retrasar la cena, por lo menos, hasta y media, suponiendo que, si fuera a llegar mucho más tarde, él hubiera llamado.

El gesto grave de Drago armonizaba con el de los otros tres miembros de la familia, por lo menos en el momento de sentarse a la mesa. Pero los chicos, después de comer el contenido completo de dos latas de sardinas en conserva cada uno, ya se habían animado lo suficiente como para lanzar vítores de júbilo cuando la Catona rompió la costra de sal bajo la que había asado un pollo con menudos incluidos y pedazos de vaya a saber qué pescado.

-¿Qué se hace con la sal, Mutti?- preguntó Verena, echando aceite reutilizado en su porción mixta de pescado y pollo.

-Se tira a la basura

-Luquitas- dijo la Catona-, ¿bajarás la basura esta noche, para que no nos huelan a pescado toda la casa?

-Sí. Quedé con amigos a las diez. Me la llevaré cuando me vaya.

-¿Pusiste tu ropa en el lavarropas?- preguntó la madre.

Luquitas puso los ojos en blanco.

-¿Te imaginás que trataría de irme si no?- Miró a su padre y, con una vibración de solidaridad masculina en la voz, dijo:- tiene radar.- Luego, deletreó la última palabra, para que quedara clara la naturaleza del régimen bajo el que vivía.

-Gracias- dijo la Catona, segura de su poder e insensible a los reproches.

Cuando Verena se ofreció a lavar los platos, su madre le dijo que, como estaban sucios de pescado, prefería lavarlos ella misma. La niña aceptó la respuesta como un indulto más que como una señal de desconfianza de sus aptitudes para las labores domésticas y, aprovechando la ausencia de su hermano, se fue a usar la computadora.

Drago se levantó de la mesa cuando su mujer estaba acabando de lavar la vajilla y sacando el café del aparador.

-¿Café?- preguntó la Catona. Conocía sus costumbres y sabía que él tomaba café después de cenar sólo en los restaurantes.

-Sí. Estoy molido- confesó.

-Igual que el café, ja, ja. ¿Y no sería preferible que te acostaras temprano?- sugirió ella.

-No sé si podría dormir con este calor.

-Cuando termine con esto, salimos a la terraza un rato, hasta que te entre la modorra- propuso la Catona.

-De acuerdo- accedió él, volvió a guardar la lata y abrió el armario de al lado- ¿Qué puede uno beber cuando hace tanto calor?- preguntó, mirando las botellas que llenaban los dos estantes?

-Agua de la heladera.

-Muy graciosa- dijo Drago. Del fondo del armario, sacó una botella de lemoncello y repitió la pregunta con otras palabras-: ¿Qué puede uno beber, mientras contempla cómo se pone el sol, por el Oeste para más enjundia, sentado en la terraza junto a la persona que más quiere en el mundo, y comprende que la vida no puede ofrecerle mayor gozo que el de su compañía?

Ella colgó el repasador y le lanzó una mirada larga que terminó en una sonrisa burlona.

-Para un hombre de tu estado, lo más indicado es el agua de la heladera- dijo, y salió chancleteando a la terraza a esperarlo.

A la mañana siguiente, Drago se sintió aquejado del letargo que le invadía a veces cuando una caso parecía haberse estancado. A ello se sumaba el penetrante calor que ya se había apoderado del día a la hora en que él se despertó. No le remontó la moral la taza de mate cocido que le entró la Catona ni tampoco la larga ducha con que se obsequió a sí mismo, aprovechando que sus hijos ya se habían ido por ahí y no había que temer que golpearan la puerta del baño si utilizaba más agua de la que permitía su ecológica mentalidad. Décadas de habitual malhumor matutino daban a la Catona derecho preferente a ese estado de ánimo, por lo que no había que contar con que su conversación le alegrara la mañana.

Zubrinic salió de casa inmediatamente después de la ducha, un poco irritado con el universo entero. Mientras iba hacia Avenida Maipú a abordar el 60, decidió tomar un café en el bar de la primera esquina. Compró un diario y entró en el local leyendo los titulares. Fue a la barra, y sin levantar los ojos del papel, pidió un café con leche fría y una medialuna de manteca. No prestó atención al sonido familiar de la cafetera, el golpe sordo y el siseo, ni al tintineo de la taza en el plato. Pero, al levantar la mirada, vio que la mujer que le había servido el café durante más de diez años había desaparecido o se había transformado en una china o coreana que tendría la mitad de sus años. Miró a la caja y vio allá a otro chino o coreano.

Hacía meses que venía observando esta gradual “toma” de los bares de la ciudad y alrededores por propietarios y empleados chinos o de apariencia asiática, pero ésta era la primera vez que ello ocurría en un lugar que él frecuentaba. Resistiéndose al impulso de preguntar por la señora Palacios y su marido, echó dos terrones a la taza. Se acercó a la vitrina y vio que las medialunas eran diferentes de las que había comido durante años, recién hechas, de panadería o de confitería; en la vitrina había ahora un letrero que explicaba que éstas eran elaboradas, congeladas y garantizadas por un tal Carlos Sacaan. Terminó el café, pagó y se fue.

Todavía era temprano para que la gente hubiera invadido el colectivo, por lo que pudo sentarse y seguir con el diario. No le puso de mejor humor lo que leyó, y aún menos, encontrar a Sánchez al pie de la escalera, al entrar al Departamento.

Zubrinic pasó por delante del teniente en silencio y se disponía a entrar. Entonces, a su espalda, oyó la voz de Sánchez que decía:

-Comisario, si me permite una palabra...

Zubrinic se volvió y miró al hombre de uniforme:

-¿Sí, teniente?

-Hoy voy a llamar otra vez a la señora Baricco para interrogarla. Como parece usted interesado por ella, pensé que quería saberlo.

-¿”Interesado”, teniente?- se limitó a preguntar Zubrinic.

Como si no lo hubiera oído, Sánchez agregó:

-Nadie recuerda haberla visto en la estación aquella mañana.

-Supongo que lo mismo podría decirse de los restantes millones de habitantes de la ciudad- dijo Zubrinic con hastío-. Buenos días, teniente.

El comisario entró en su despacho pensando en la conducta de Sánchez. Aquel obstruccionismo sistemático podía no ser más que la manifestación del odio que sentía por Zubrinic y los que trabajaban con él, y la señora Baricco, el instrumento del que se valía para atacarle. Pero, por otra parte, el comisario se preguntó -y no por primera vez- si Sánchez no estaría tratando de encubrir a otra persona. Esta posibilidad le producía una ligera náusea.

Para distraerse de estos pensamientos, Zubrinic se puso a leer los papeles que se habían acumulado en su bandeja de entrada durante los últimos días, entre los que destacaba un memorándum del Ministerio del Interior en el que se especificaban los cambios que se debían introducir en los procedimientos policiales, resultantes, según rezaba el documento, de la aprobación de las recientes leyes.

Se ocupó de otros papeles que esperaban su atención y consiguió resistir la tentación de bajar a interferir en lo que estuvieran haciéndole a la señora Baricco. Sabía que no podían acusarle de nada y que ella no era más que una pieza en un juego que él no acababa de comprender, pero sabía que cualquier intento de ayudarla le haría un flaco favor.

Pasó un hora estúpida, y luego otra, hasta que Battipede llamó a la puerta. Cuando el inspector entró, a Zubrinic le bastó una mirada para comprender que algo iba mal.

De pie delante del escritorio, con un fajo de papeles en la mano, Battipede dijo:

-Me parece que la cagué, comisario.

-¿Qué dice?

-Lo tenía delante y no se me ocurrió preguntar.

-¿De qué me habla, Battipede?- preguntó Zubrinic secamente-. Y siéntese. No se quede ahí de pie como Gonella.

Battipede pareció no haberle oído y levantó los papeles.

-Trabajaba en la oficina de contratos- dijo agitando los papeles, para más énfasis-. Su trabajo consistía en revisar los planos que se presentaban para las obras que debían hacerse en los hospitales y clínicas, y comprobar que en cada caso satisfacían las necesidades de los enfermos y de los médicos.- Separó una hoja y puso las otras en la mesa-. Mire- dijo levantando el papel-: él no tenía autoridad para aprobar los contratos pero podía hacer recomendaciones.- Puso la hoja con las demás y dio un paso atrás, como si temiera que empezaran a arder-. Yo estaba allá, hablando de él, y no se me ocurrió preguntar en qué oficina trabajaba.

-¿Quién? ¿El hijo?

-Sí. Con él empezó la cosa. El padre trabajaba en la oficina de personal, y se sabe que nadie de ahí podría buscar sobornos.

-¿Qué fechas?

Battipede tomó los papeles y los hojeó.

-Los pagos empezaron a los cuatro años de entrar él.- Miró a Zubrinic-. Tiempo más que suficiente para que se familiarizara con la mecánica de las cosas.

-Si ésa era la mecánica.

-¡Vamos, comisario_ - dijo Battipede con una insólita aspereza en la voz-. Es una dependencia estatal. ¿Cómo van a funcionar las cosas allá?

-¿Quien era el jefe de la oficina cuando empezaron los pagos?

Sin necesidad de consultar los papeles, Battipede respondió:

-Fernando Marín. Lo nombraron jefe del departamento unos tres meses antes de que se abrieran las cuentas. -Y entonces decidió ampliar sus horizontes- completó Zubrinic. Pero de pronto preguntó-: ¿Quién era el jefe cuando entró Kechy?

-Era Carlos Abdala, que murió. Le sucedió Alejo Gómez, pero sólo estuvo dos años hasta que consiguió una asesoría, creo que en Deportes.

-¿Alguna idea de por qué lo trasladaron?

Battipede se encogió de hombros.

-Por lo poco que averigüé de él, parece ser uno de esos personajes grises a los que se traslada de oficina en oficina porque tienen la habilidad de hacerse amigos de todo el mundo y nadie tiene valor para despedirlos. Los tienen a mano hasta que encuentran un sitio a propósito, y entonces se lo quitan de encima.

Zubrinic, resistiendo la tentación de repetir la comparación con el cuerpo de policía en su totalidad, se contentó con preguntar:

-¿Y ahora está en la Asesoría de Deportes?

-Sí, señor.

-¿Tiene idea de lo que hace ahí?

-No, señor.

-Compruébelo. -Antes de que Battipede pudiera darse por enterado de la orden, el comisario preguntó-: ¿Y Marín?

-Estuvo un par de años en la función pública y luego se hizo cargo de la empresa constructora de su tío, la que dirige desde entonces.

-¿Qué clase de obras hacen?

-Reformas, rehabilitaciones. De hospitales, entre otras cosas.

Zubrinic repasó mentalmente su conversación con el juez Mestre, tratando de recordar si de los comentarios del magistrado respecto a Marín se le había escapado algún detalle, una inflexión de voz o una insinuación que le instara a investigar a aquel

hombre, pero no encontró nada. Entonces pensó que Mestre no era amigo suyo ni le debía favor alguno, por lo que quizá tampoco le hubiera hecho tal sugerencia aunque existiera una razón que aconsejara inspeccionar sus actividades. El comisario sintió un fogonazo de exasperación: ¿por qué tenía que ser siempre así, por qué nadie estaba dispuesto a hacer nada, a no ser que le reportara un beneficio personal o que debiera algún favor? Su atención volvió al inspector que decía:

-... no paró de crecer durante los últimos cinco años.

-Perdón, Battipede, estaba pensando en otra cosa. ¿Qué decía?

-Que la empresa del tío obtuvo un contrato para la rehabilitación de dos clínicas en Barrio Norte, estando Marin al frente de la oficina central del PAMI y que desde entonces no ha parado de crecer, especialmente, desde que él asumió la dirección.

-¿Cómo lo sabe?

-Estuvimos mirando en sus archivos y en sus declaraciones de impuestos de esos años.

Zubrinic, irritado, sintió la tentación de preguntar si aquella mañana Battipede y Fernanda habían encontrado tiempo para personarse en la oficinas de Marin y pedir permiso para examinar los libros y las declaraciones impositivas y, todo ello, sin molestarse en solicitar la orden judicial correspondiente. Pero sólo dijo:

-Eso se tiene que terminar, Battipede.

-Sí, señor- respondió el inspector mecánicamente, y agregó-: Tengo la teoría de que los presupuestos de las obras que se adjudicaron a la empresa del tío fueron evaluados por Kechy Modarelli. En aquel entonces, él trabajaba en esa sección.

Zubrinic preguntó, conciente del irremediable cinismo de la petición:

-¿Podría averiguar si los supervisó él?

Generoso en la victoria, Battipede se limitó a mover la cabeza afirmativamente.

-En las ofertas tiene que estar su firma o sus iniciales, si él era el encargado de examinarlas en nombre del PAMI.- Adelantándose a la siguiente pregunta del comisario, dijo: En la oferta hay una casilla en la que se indica quién la ha estudiado y comprobado que se ajusta a las exigencias del nosocomio, de modo que lo único que hay que hacer es buscar la oferta de Marín y ver quién la tramitó.

-¿Habría manera de descubrir si los precios eran...?- A Zubrinic le faltó imaginación y la frase quedó sin terminar.

-Creo que lo más fácil será mirar las otras ofertas y comparar precios y plazos. Si la del tío de Marin era más cara o más limitada, habríamos encontrado la explicación.

Por el entusiasmo con que hablaba el inspector, Zubrinic comprendió que ya preveía lo que iba a encontrar. Pero el comisario había tenido ocasión de observar durante muchos años la habilidad con que se roba al Estado, y dudaba de que una persona tan sagaz como Marin hubiera dado el contrato al tío por medios ilícitos dejando una pista fácil de seguir.

-Mire si había penalización por incumplimiento de los plazos y si se aplicó- sugirió Zubrinic, mostrando sus tres décadas de experiencia en la burocracia estatal.

Battipede se levantó y salió del despacho. Durante un momento, el comisario pensó en bajar a verlos trabajar- no trató de engañarse pensando que tal vez pudiera ayudar, pero enseguida comprendió que sería mejor no interferir. Ellos irían más deprisa y él evitaría enterarse de la creciente ilegalidad de las técnicas de investigación de la Guillot y Battipede.

CAPÍTULO XX

Al cabo de más de una hora, la impaciencia se impuso a la cordura, y Zubrinic bajó al despacho de Fernanda. Entró esperando verlos a ella y a Battipede delante del monitor, y lo sorprendió el despacho desierto y la pantalla vacía, como aletargada. La puerta de Balmaceda estaba cerrada, y entonces Zubrinic se dio cuenta de que hacía varios días que su superior no daba señales de vida, y pensó si se habría ido ya a Bruselas y empezado a trabajar para Interpol sin que nadie se enterase. Una vez Zubrinic sopesó esta posibilidad, no pudo evitar plantearse sus consecuencias: ¿cuál de los varios oportunistas apostados en el resbaladizo escalafón sería elegido para sustituirle?

Lo sacó de sus reflexiones la voz de Battipede que se acercaba. Al sonido grave de su risa se unió el tono más agudo de la carcajada de Fernanda. Al entrar en el despacho y ver al comisario, se pararon, callaron y dejaron de sonreír.

Sin dar explicaciones por su ausencia, Fernanda se situó frente a su computadora, la despertó con una sola pulsación y oprimió una serie de teclas que hicieron aparecer en la pantalla dos páginas, una al lado de la otra.

-Son las especificaciones del pedido cursado a la empresa del tío de Marín cuando él dirigía la oficina central del PAMI, comisario.

Zubrinic se puso a su lado y vio el familiar membrete de la administración pública y, debajo, oscuros párrafos de texto. Pulsó otra tecla y aparecieron otras dos páginas, prácticamente idénticas a las anteriores. Una nueva pulsación las sustituyó por otras dos. Estas últimas, sin membrete, contenían, a la izquierda, una columna de números.

-Esto es el presupuesto, comisario.

Él leyó alguno de los epígrafes y, en la columna de la derecha, vio lo que costaría cada partida. Profano en la materia, ignoraba si los precios eran los correctos.

-¿Lo comparó con otros presupuestos?- preguntó apartando la vista del contrato y mirando a Fernanda.

-Sí, señor.

-¿Y bien?

-El del tío era el más barato- dijo ella con audible decepción-. Además, se comprometía a que los trabajos se terminaran a plazo fijo y, si se retrasaban, aceptaba penalización.

Zubrinic volvió a mirar el monitor, como si pensara que un examen más atento de palabras y números podría revelarle la estratagema que Marín hubiera utilizado para llevarse el contrato. Pero, por más que miraba aquellas páginas, no conseguía encontrarles sentido. Finalmente, apartándose de la pantalla, preguntó:

-¿Se cumplieron los plazos?

-Todos sin excepción- dijo ella, tecleando unas palabras en la computadora y aguardando a que nuevos documentos sustituyeran a los anteriores-. Todo el proyecto se terminó dentro del plazo- explicó, señalando lo que Zubrinic supuso que serían los documentos que lo demostraban-. Es más- continuó-, tampoco se excedió de los presupuestos, y un ingeniero civil me dijo que las obras están bien hechas, que la calidad está muy por encima de la media de los trabajos que se hacen normalmente para el Estado.- al ver la reacción del comisario, agregó mal de su grado-: Lo mismo se puede decir de las otras dos rehabilitaciones que hicieron en hospitales de la ciudad, comisario.

Zubrinic miró de la pantalla a la cara de Fernanda, a la de Battipede y otra vez al monitor. Se había repetido a sí mismo muchas veces que había que contemplar los hechos tal como eran y no tal como él quería que fuesen, y sin embargo ahora que tenía ante sí una información que no cuadraba con lo que él deseaba que fuera la verdad, su primer impulso era suponer que aquello no era lo que aparentaba ser, y tratar de hallar pruebas que lo desmintieran.

Entonces lo vio: él se había obstinado en seguir una pista que los había conducido a este callejón sin salida apartándolos de la realidad desde el principio.

-Vamos por mal camino- dijo-. Desde el principio nos hemos equivocado.- Hemos andado dando tumbos a la caza de grandes presas, cuando hubiéramos debido pensar en el dinero.

-¿Y eso no es dinero?- preguntó Battipede señalando la pantalla.

-Me refiero al dinero de las cuentas- insistió Zubrinic-. Miramos el total, no al dinero.

Sus caras indicaban que aún no le seguían, y así lo confirmó la indignada exclamación del inspector.

-Para algunos de nosotros, treinta lucas de euros es guita.

-Claro que es dinero- convino el comisario-. Mucha plata. Y hace diez años, con el “uno a uno”, más. Pero mirábamos el total, no los pagos mensuales. Una persona que cobrara un buen sueldo podía hacerlos casi sin despeinarse. Usted mismo hubiera podido pagarlos, si fuera soltero y viviera con sus padres- dijo al sorprendido Battipede.

El inspector inició una vehemente protesta, pero, considerando las condiciones especificadas por Zubrinic, rectificó, aunque a regañadientes:

-Sí, si viviera en casa de mis padres, y no tuviera aficiones, ni saliera a cenar, y si vistiera de cualquier manera, quizá sí.- Pero aún objetó:- De todos modos, no sería fácil. Es mucha guita.

-Pero no tanto como para comprar un silencio sobre la adjudicación irregular de un contrato para la rehabilitación completa de esos edificios- insistió el comisario. Apuntó con el dedo al monitor, donde la suma total resplandecía en toda su augusta magnitud-. Unas obras de esta envergadura suponen millones de pesos. Ante un contrato semejante, un chantajista no se conformaría con tan poco- terminó, llamando finalmente al delito por su nombre coloquial.

Los miraba, esperando ver señales de que estaban de acuerdo con su interpretación. El lento asentimiento de Battipede y la sonrisa tan pletórica de dientes blanquísimos de Fernanda le indicaron que así era.

-Nos equivocamos- empezó y enseguida rectificó y confesó:- No, me equivoqué al pensar que era un pago relacionado con algo grande, algo importante, como un contrato. Pero lo que tenemos acá es pequeño, mezquino y personal.

-Y probablemente, repugnante- agregó Battipede.

Zubrinic miró a Fernanda.

-No sé la clase de información que pueda usted conseguir acerca de las personas que trabajaban en PAMI cuando empezaron los pagos-, dijo, considerando innecesario añadir que ya lo tenía sin cuidado cómo la obtuviera-. Tampoco estoy seguro de la clase de persona que estamos buscando. La abogada Feldman dijo que la señora Modarelli le confesó que su hijo le había asegurado una buena vejez.- Acá levantó los ojos al techo con expresión de falsa credulidad y agregó:- Con la protección de la virgen.- Sus dos oyentes sonrieron y el continuó:- Estamos buscando a alguien que trabajara allá y que pudiera pagar unos cuantos cientos de pesos al mes.

-Quizá fuera alguien tan rico que no le importaba el dinero- apuntó Battipede.

Fernanda lo miró y dijo:

-Esa clase de personas no trabajarían en PAMI, inspector.

Zubrinic temió que Battipede pudiera sentirse ofendido por el aparente sarcasmo de la observación, pero, al parecer, no fue así. Es más, después de reflexionar, el inspector movió la cabeza de arriba abajo y dijo:

-Lo más curioso, si lo pienso, es que la cantidad fue siempre la misma. El coste de vida y los sueldos subieron, pero los pagos no variaron.

Intrigada por la observación, Fernanda se sentó en su sillón y tecleó unas palabras y luego varias más, y las páginas del monitor fueron sustituidas por los datos de las cuentas. Las hizo avanzar hasta la fecha de la conversión al dólar y luego al euro. Después de examinar los datos de enero, pasó a los de febrero y miró a Zubrinic.

-Fíjese en esto, comisario: entre enero y febrero hay una diferencia de seis centavos, céntimos en realidad.

Zubrinic se inclinó hacia la pantalla y vio, que, en efecto, el ingreso correspondiente al mes de febrero era seis céntimos mayor que el de enero. Ella pulsó una tecla, y aparecieron marzo y abril, con el mismo importe. Fernanda sacó una calculadora de bolsillo del cajón del escritorio, hizo el cálculo rápidamente y dijo:

La cantidad de febrero es la correcta.- Volvió a guardar el minúsculo aparato en el cajón-. Seis céntimos- dijo respetuosamente, como si se hallara ante un portento.

-O bien quien fuera se dio cuenta del error...- empezó Battipede, y Zubrinic lo interrumpió, terminando la frase con la explicación más probable:

-... o bien la señora Modarelli le hizo subsanarlo.

.Seis céntimos- repitió Fernanda en voz baja, impresionada por una avaricia capaz de tanta precisión.

El comisario recordó su conversación con el doctor Pecoraro y exclamó:

-El teléfono. El teléfono. El teléfono.- al ver el desconcierto en sus interlocutores, dijo:- Hacía tres años que esa mujer no salía a la calle. Tuvo que avisarles del error por teléfono.- Se maldijo por no haber pensado hasta aquel momento en examinar el registro de llamadas y por haber seguido el camino que él deseaba que fuera el acertado en lugar de mirar lo que tenía delante de los ojos.

-Se tardará varias horas- dijo Fernanda. Antes de que Zubrinic pudiera preguntar por qué no podía conseguirse los datos con más rapidez, ella explicó:- Mi amiga Bárbara acaba de dar a luz y el marido sólo trabaja media jornada, de manera que no llegará al despacho hasta después del almuerzo.- Anticipándose de nuevo a la pregunta del comisario, explicó:- No, señor; tuve que prometerle que no trataría de entrar en el sistema por mi cuenta. Si cometo un error, ellos descubrirán quién estuvo ayudándome.

-¿Un error?- preguntó el comisario.

Siguió a sus palabras un largo silencio y, cuando empezaba a hacerse incómodo, ella dijo:

-Con las computadoras, quiero decir. Pero aún así le di mi palabra. No puedo.

Zubrinic y Battipede intercambiaron una mirada de tácita comprensión, pensando con pesar en algún error cometido por Fernanda años atrás.

-Está bien. Dijo Zubrinic-. Compruebe las llamadas recibidas y emitidas, por favor.- Recordó el día en que ella le había presentado al marido de Bárbara-. ¿Niño o niña?- preguntó.

-Niña- respondió ella, y con una sonrisa casi beatífica, dijo:- Le pondrán Fernanda.

-Lo que me sorprende es que no le pongan Compaq- dijo Battipede, y ella se rió y despejó el ambiente.

Mientras volvía a su despacho, Zubrinic trataba de imaginar una situación que se prestara al chantaje, y pasaba revista a los secretos, vicios y escándalos que pudieran haber dado lugar a que alguien se convirtiera en la víctima de los Modarelli- "Víctima" no le parecía la palabra correcta, convencido como estaba de que la persona a la que se chantajeaba era la misma que había matado a la anciana. ¿"Oponente", entonces? ¿dónde estaba la línea que separaba una de otra? ¿Y cuál era el impulso que había hecho que el asesino la cruzara?

Pensando en los crímenes y vicios posibles, tuvo que reconocer que la Catona estaba en lo cierto cuando decía que la mayoría de los siete pecados capitales ya habían dejado de ser pecado. ¿Quién mataría para evitar que se descubriera que era culpable de gula, de pereza, de envidia, de soberbia? Sólo quedaban la lujuria y la ira, si conducían a la violencia, y la avaricia, si impulsaba a hacer sobornos. Los otros ya no contaban.

CAPÍTULO XXI

Zubrinic había entrado en la fase de investigación que más aborrecía: aquella en la que todo quedaba en suspenso mientras se dibujaba un mapa nuevo. En el pasado, su frustración ante la inmovilidad impuesta por esta situación le había inducido a obrar con una celeridad que después había tenido que lamentar. Por esta razón, ahora dominó el impulso de forzar la marcha, y buscó algo que pudiera hacer con plena justificación. Sacó la guía de teléfonos y anotó número y dirección de Marín y de Gómez Bernardis, a pesar de que reconocía que eran los menos sospechosos: no tenía por qué haber sido uno de los directores. Lo más probable era que no lo fuera, o Kechy Modarelli hubiera exigido más dinero.

Sacó el expediente Modarelli y leyó todos los recortes de prensa. Ahí estaba, dos días después del asesinato: "Crónica" informaba de que la llamada Fabia Álvarez Sturao sólo había trabajado para la señora Modarelli cinco meses con anterioridad al crimen y que el único hijo de la víctima había muerto cinco años atrás. Así pues, el director de PAMI no era el único que conocía estos datos acerca de la señora Modarelli y su familia.

Una hora después, entró Battipede con la lista que había preparado Fernanda- el inspector mencionó expresamente que había obtenido la información mediante petición oficial- de las personas que trabajaban en PAMI desde tres meses antes que empezaran los pagos.

-Está cruzando datos, para averiguar su situación actual- dijo Battipede-, si se han casado, han muerto o se mudaron.

Zubrinic miró la lista y vio que contenía veintidós nombres. La experiencia, el prejuicio y la intuición que se combinaban en él le hicieron preguntar:

-¿Prescindimos de las mujeres?

-Creo que podemos prescindir, por lo menos de momento -dijo Battipede-. También yo vi las fotos del cadáver.

-Entonces quedan ocho- dijo el comisario.

-Sí, señor. Copié los cuatro primeros nombres para usted. Yo bajaré a mi oficina y empezaré a hacer llamadas, a ver qué puedo averiguar sobre los otros cuatro.

Zubrinic ya alargaba la mano hacia el teléfono cuando el inspector salió del despacho. Había reconocido tres de los apellidos de la lista, un Rebottaro y dos Sánchez, aunque era simple coincidencia, y los tres estaban en la lista de Battipede.. Marcó de memoria el número de la oficina del sindicato de funcionarios públicos y preguntó por Carlos Dessi.

Mientras esperaba que pasaran la llamada, Zubrinic fue obsequiado con una de las Cuatro Estaciones y, cuando Dessi contestó diciendo:

-Hola, Drago, ¿qué vida privada querés que te revele hoy?- Zubrinic siguió tarareando el tema principal del segundo movimiento del "concerto".

-No lo elegí yo -se defendió Dessi-. Menos mal que, como nunca llamo a este número, no tengo que escucharlo.

-Entonces, ¿cómo sabés que lo tocan?

-Por la cantidad de gente que me dice que está harta de oírlo.

Normalmente, Zubrinic hubiera observado los convencionalismos y preguntado a Dessi por la familia y el trabajo, pero hoy la impaciencia le hizo ir directamente al motivo de la llamada.

-Tengo los nombres de cuatro personas que trabajaban en PAMI hace unos diez años y te agradeceré que averigües todo lo que puedas sobre ellas.

-¿Cosas relacionadas con mi trabajo o con el tuyo?

-Con el mío.

-¿Por ejemplo?

-Causas por las que pudieran haberle hecho chantaje.

-Eso abarca mucho campo.

Zubrinic creyó preferible reservarse sus reflexiones sobre los siete pecados capitales y se limitó a responder:

-Sí.

Oyó roce de papeles al otro extremo de la línea y la voz de Dessi:

-Dispará los nombres.

-Toribio Caballero, Fernando Viegas, Carlos Ochoa y Roberto Colonesse .

¿Conocés a alguno?

-Dessi gruñía a cada nombre que leía Zubrinic.

-Toribio murió- dijo Dessi-. Hará unos dos años. Un infarto. Y Viegas fue trasladado a Catamarca hace seis años. De los otros dos no estoy seguro, ni sé qué motivos hayan podido dar para un chantaje.

-¿Podrías informarme sin llamar la atención?- preguntó Zubrinic.

-¿Querés decir sin presentarme en la casa y pedirles que me digan, por ejemplo, si alguien los chantajea?- respondió secamente Dessi sin tratar de disimular su irritación por la pregunta-. No soy tonto, Drago. Veré lo que puedo encontrar y te llamaré.

Zubrinic sintió el impulso de pedir disculpas, pero, antes de que pudiera empezar, Dessi ya había colgado.

Volvió a llamar a José María Lubertino al despacho, y después de escuchar sus explicaciones de que había tenido mucho trabajo para ocuparse de la Modarelli, Zubrinic le dijo que tenía otros dos nombres para darle: Viegas y Ochoa.

-Esta vez sacaré tiempo de dónde sea- prometió Lubertino, y colgó.

Nervioso, la fuerza de la costumbre lo llevó a la ventana. Volvió a la mesa y sacó una agenda de 1998 en la que tenía anotados algunos números de teléfono. Buscó y marcó el de las oficinas de la CHA y preguntó por Marcelo Benítez, el presidente. Lo dejaron en espera y comprobó que, ya fueran de acá o de allá, todos optaban por Vivaldi.

-Benítez- dijo una voz grave.

-Marcelo, soy yo, Drago. Necesito que me hagas un favor.

-¿Un favor que pueda hacer con la conciencia tranquila?

-Probablemente, no.

-Milagro sería. ¿De qué se trata?

-Tengo dos nombres... bueno, cuatro- rectificó, decidiendo agregar los de Marín y Gómez Bernardis-. Me interesa saber si alguno de ellos podría ser objeto de chantaje.

-Drago, ya no es un crimen ser gay. ¿Te suena?

-Pero aplastarle la cabeza a una persona, sí, Marcelo -replicó Zubrinic-. Por eso te llamo.- Esperó a que Benítez dijera algo, y como no fue así, continuó:- Me basta con que me digas si alguno de ellos es gay.

-¿Y eso sería suficiente para que sepas si ha sido capaz de aplastarle la cabeza a una persona, como tan finamente dijiste?

-Marcelo- dijo Zubrinic con estudiada calma-, no trato de acosarte ni a vos ni a ningún otro gay. Me es indiferente que vos lo seas o que lo sea el Papa. Yo sólo quiero encontrar la manera de comprender lo que pudo pasarle a aquella anciana.

-¿La Modarelli? ¿La madre de Kechy?

-¿La conocías?

-Había oído hablar de ella.

¿Podés explicarme por qué conducto?

-El hijo tenía relaciones con un conocido, que me dijo, después de que Kechy muriera, la clase de mujer que su hijo decía que era.

-¿Ese hombre hablaría conmigo?

-Si aún viviera, quizá.

Zubrinic recibió la noticia con un largo silencio y luego preguntó:

-¿Te acordás algo que él te dijera?

-Que Kechy siempre estaba diciendo lo mucho que la quería, pero a él le parecía que en realidad la odiaba.

-¿Por alguna razón?

-Por tacaña. Al parecer, ella sólo vivía para meter dinero en el banco. Era su mayor alegría, su única alegría diría yo.

-¿Cómo era Kechy?

-No llegué a conocerlo.

-¿Qué decía de él tu amigo?

-No era amigo mío. Era un paciente. Le hice terapia durante tres años.

-Perdoná. ¿Qué decía él?

-Que se le había contagiado la manía de su madre, pero que lo que más deseaba era darle dinero, porque eso parecía hacerla feliz. Yo suponía que en realidad quería decir que entonces ella dejaba de molestarlo, pero puedo estar equivocado. Quizá fuera verdad que a él le hacía feliz darle ese dinero. No había en su vida muchos motivos de felicidad.

-Qué vida detestable, pobre tipo.

-Parecés sincero, Drago- dijo Benítez sin sorpresa.

-Lo soy.

-Está bien. Dame esos nombres.

Zubrinic leyó los nombres de Viegas y Ochoa y, como Benítez no decía nada, agregó los de Marín y Gómez Bernardis.

Benítez permaneció en silencio tenso y Zubrinic esperaba en vilo. Al fin, Benítez preguntó:

-¿Y vos creés que Kechy extorsionaba a esa persona?

-Las pruebas así lo indican- apuntó Zubrinic.

Se oyó una aspiración profunda de Benítez y luego su voz que decía:

-No puedo hacer eso- y colgó.

Así pues, uno de los cuatro era gay y lo bastante amigo de Benítez -o quizá un paciente- como para que éste no quisiera dar su nombre a la policía, ni siquiera en una investigación por asesinato, o precisamente en una investigación por asesinato. La lista se había reducido, a no ser que Battipede encontrara a otro gay. O a no ser, reflexionó Zubrinic, que existieran otras razones para el chantaje.

Veinte minutos después, Battipede entró en el despacho del comisario, todavía con la lista en la mano. Se sentó en su sitio habitual, al otro lado del escritorio, deslizó el papel sobre éste y dijo:

-Nada.

Zubrinic lo interrogó con la mirada.

-Uno murió- dijo el inspector señalando un nombre-. Se retiró al año siguiente de que empezaran los pagos y murió hace tres años.- Hizo avanzar el índice por la lista-. A

este otro le dio por la religión y ahora vive en una especie de comuna o cosa así, en el norte, amancebado con el Maestro Amor. Desde hace tres años.- Empujó el papel hacia Zubrinic unos centímetros y echó el cuerpo hacia atrás-. De los otros que aún trabajan allá, uno es jefe de inspección de hospitales, se llama Daniel Rebotaro, está casado y parece una persona decente.

Zubrinic nombró a dos ex presidentes de la República y comentó que lo mismo hubiera podido decirse de ellos.

Battipede se puso a la defensiva.

-Tengo un primo que hace yoga con él y la mujer los fines de semana. Dice que es un buen sujeto y yo le creo.

Zubrinic dejó pasar la observación sin comentarios y preguntó:

-¿Y el otro?

-El otro está en una silla de ruedas.

-¿Cómo?

-Es el que enfermó de polio en un viaje a la India. ¿No leyó la noticia?

Zubrinic recordó el caso, pero no los detalles.

-Sí, algo recuerdo. ¿cuánto hace de eso? ¿Cinco años?

-Seis. Enfermó estando en la India, y cuando, por fin, le diagnosticaron la enfermedad, era tarde para evacuarlo, lo trataron allá y ahora va en silla de ruedas.- Battipede, en un tono que indicaba que aún estaba molesto porque Zubrinic no aceptaba la opinión de su primo acerca de Daniel Rebotaro, dijo:- quizá usted no lo considere razón suficiente para descartarlo, pero yo creo que, cuando uno se encuentra en ese estado, debe de tener otras preocupaciones que la de seguir pagando chantaje.- Hizo otra pausa-. Aunque puedo estar equivocado, desde luego.

El comisario miró fijamente al inspector, pero, en lugar de morder el anzuelo, dijo:

-Aún no perdí la esperanza de que Lubertino me diga algo.

-¿Que delate a otro trollo?- preguntó Battipede en un tono que desagradó a Zubrinic.

-Tiene tres nietos.

-¿Quién?

-Lubertino.

Battipede meneó la cabeza con una expresión, que tanto podía ser de incredulidad como de censura.

-Es amigo mío desde hace mucho tiempo- dijo Zubrinic con calma-. Es una persona decente.

Battipede acusó la reprimenda y optó por el silencio.

El comisario fue a decir algo, pero el inspector desvió la mirada. Quizá fuera su reticencia a admitir la integridad de José María Lubertino, o quizá sólo su manera de volver la cara lo que molestó a Zubrinic, que vio en ello una provocación y dijo:

-Me gustaría hablar con el que no fue a la India. El “yogui” Rebotaro.

-Sí, señor- respondió Battipede. Se levantó y, sin decir más, salió del despacho.

CAPÍTULO XXII

Cuando la puerta se cerró detrás de Battipede, Zubrinic reaccionó:

-¿Qué carajo pasó acá?- murmuró. Repasó su conversación con Battipede tratando de hallar el momento en el que el simple cambio de información entre dos amigos había degenerado en una pelea por el territorio entre dos rivales con exceso de testosterona. Y, lo que era peor, el territorio por el que habían peleado no era más que la negativa de Zubrinic a aceptar una opinión sólo porque partía de un hombre que practicaba yoga.

Después de permanecer unos minutos sentado a la mesa, su instinto más noble le hizo alargar la mano hacia el teléfono y llamar a la oficina de los agentes, desde donde un Gonella nervioso le dijo, titubeando, que Battipede no estaba.

Entonces sonó el teléfono y, deseando que fuera el inspector, alargó la mano rápidamente.

-Comisario- dijo Fernanda- ya tengo esas llamadas.

-¿Cómo las consiguió tan pronto?

-Es que decidieron que Bárbara se quede en la clínica un día más, y el marido fue a trabajar.

-¿Alguna complicación?- preguntó Zubrinic, siempre solícito con la figura de la esposa y madre.

-No, señor, ninguna. Su tío es el médico y creyó conveniente tenerla allá otro día.- Él detectó en su voz el deseo de clamar su preocupación por una mujer desconocida.- Ella está bien.- Fernanda esperó un momento, por si él tenía más preguntas y, en vista de que no era así, prosiguió:- El marido de mi amiga encontró mi e-mail encriptado y comprobó las llamadas hechas desde el número de la mujer. Durante el mes anterior a su muerte, ella llamó a la centralita de la oficina central del PAMI. Fue la única llamada que hizo. Al día siguiente, recibió una llamada del mismo número. Sólo hay otra llamada, de su sobrina. Nada más.

-¿Cuántos días revisó?

-Todo el mes, hasta el día que la mataron.

Ninguno de los dos comentó que, a los ochenta y tres años, la señora Modarelli, que había vivido siempre en la ciudad, sólo hubiera recibido dos llamadas telefónicas en un mes. Zubrinic recordó que no había libros en las cajas del desván: su vida había quedado reducida a una incómoda butaca situada frente a un televisor, sin otra compañía que la de una mujer que casi no hablaba castellano.

Pensó en las cajas, en lo precipitado que había sido su examen y, distraído con esta idea, no oyó la siguiente frase de Fernanda. Cuando le prestó atención, ella decía:

-... la víspera del día de su muerte.

-¿Cómo?- preguntó él-. Perdone, estaba muy lejos de acá.

-La llamada desde el PAMI se recibió la víspera de su muerte.

Su tono revelaba lo ufana que se sentía por aquel descubrimiento, pero Zubrinic se limitó a darle las gracias y colgar. Mientras hablaban, se le había ocurrido una idea: los objetos del desván de la señora Modarelli merecían más atención. El móvil del chantaje no se había planteado hasta después de que él hiciera su rápida inspección; pero, ahora que esta posibilidad había dado otro sesgo al caso, convendría hacer una búsqueda más concienzuda. Si bien el comisario aún no sabía qué buscaba en realidad, comprendía, por lo menos, que algo podría encontrar.

Alargó la mano hacia el teléfono para llamar a Battipede y preguntarle si quería ir con él a casa de la Modarelli, pero entonces recordó cómo se había ido de su despacho el inspector y que no había podido hablar con él cuando lo había llamado a la oficina de los agentes. Pues entonces, a por Gonella. Llamó al agente y, sin dar explicación alguna, le dijo que lo esperara en la puerta principal dentro de cinco minutos, y agregó que necesitaba un patrullero.

La otra vez había entrado a lo de la Modarelli como un ladrón, sin ser visto, pero hoy llegaría en su calidad de representante de la ley, y nadie le pondría trabas, o así lo esperaba él.

Gonella, que estaba esperando en la calle, junto a la puerta del Departamento, ya había aprendido que no debía saludar a Zubrinic cada vez que lo veía, pero aún así no podía resistir la tentación de cuadrarse. Zubrinic, decidido a no preguntar por Battipede, subió al auto, dijo al chófer dónde debía llevarlos y se recostó en el asiento trasero.

El patrullero se acercó al Bajo y pronto estuvieron en el edificio de la calle Reconquista. Zubrinic levantó la mirada y vio que las persianas y las ventanas del departamento de la señora Modarelli estaban abiertas, pero de ellas no salía estrépito del televisor. Al pulsar el timbre, observó que el nombre de la difunta había sido sustituido por el de Borchmeyer.

En la ventana apareció la cabeza rubia de un hombre. Zubrinic retrocedió unos pasos apartándose del edificio e iba a gritar que abrieran la puerta, cuando la cabeza desapareció y, al momento, la puerta de calle se abrió con un chasquido: el uniforme de Gonella había surtido efecto.

El hombre, rubio, blanco y de ojos claros, estaba en la puerta del departamento. Al verlo, Zubrinic no pudo menos que pensar en “kartoffeln”, leche y queso y en cielos pálidos, siempre nublados. El castellano que hablaba ese hombre era muy rudimentario, pero el comisario consiguió hacerle entender quién era y adónde quería ir.

-No llave- dijo el hombre sonriendo y mostrando las manos vacías para dar énfasis al mensaje.

-Está bien. No importa- dijo Zubrinic dando media vuelta y empezando a subir la escalera, camino del desván. Gonella iba detrás de él. En el primer recodo, Zubrinic se volvió y vio a aquel hombre en la puerta del que, al parecer, ahora era su departamento, mirándolo con ojos de búho y apestando el sitio con un desagradable olor a vino barato y carne mal asada.

Mientras subía, Zubrinic sacó una moneda de diez centavos, seguro de que le bastaría para destornillar la chapa del candado, que no estaría tan apretada como la primera vez. Pero, al llegar a la puerta, vio que la chapa colgaba del marco, suelta. Los dos tornillos que él había vuelto a colocar cuidadosamente también habían saltado y la puerta estaba abierta unos centímetros.

Zubrinic extendió la mano para prevenir a Gonella, pero el agente, que también había observado la anomalía, se había situado a la derecha de la puerta y ya llevaba la mano hacia la pistola. Los dos hombres se quedaron quietos, atentos a cualquier sonido del interior. Así estuvieron varios minutos. Zubrinic puso el pie izquierdo delante de la puerta y se apoyó en ella con fuerza, para prevenir que pudieran abrirla desde adentro con un empujón.

Después de un par de minutos, Zubrinic miró a Gonella, movió la cabeza de arriba abajo, retiró el pie y abrió la puerta. Él entró primero gritando “Policía” y sintiéndose un poco ridículo al oírse.

En el desván no había nadie, pero, a pesar de la poca luz, vieron las señales del paso de la persona que había estado allá antes que ellos. El rastro de los objetos diseminados por el suelo denotaba una curiosidad que se convertía en impaciencia que, a su vez, se transformaba en frustración y, finalmente, en cólera. Las primeras cajas estaban cerca del lugar en que el comisario las había dejado apiladas, pero todas, en el suelo, abiertas y vacías: el contenido se encontraba a su lado, con cierto orden. Las siguientes estaban tumbadas, con las solapas arrancadas. La tercera pila, donde Zubrinic había encontrado los papeles, había sido saqueada: una de las cajas estaba reventada, y los papeles, esparcidos en amplio semicírculo. Las últimas cajas, las que contenían la colección de “arte sacro”, habían sufrido martirio: los cuerpos mutilados de los santos yacían en imposible y profana promiscuidad; un Cristo que había extraviado la cruz parecía buscarla con sus brazos extendidos; una virgen azul se había quedado sin cabeza al chocar contra la pared del fondo; otra había perdido al Niño.

Zubrinic observó la escena, miró a Gonella y dijo:

-Llame, dícales que envíen a los de Criminalística. Quiero que tomen las huellas de todo.- Puso la mano derecha en el brazo de Gonella y lo empujó hacia la puerta.- Espérelos abajo- dijo. Entonces, contra todas las normas que había aprendido en la Ramón L. Falcón y en los seminarios de la Juan Vucetich, para preservar la escena del crimen, agregó:- Quiero echar un vistazo antes de que lleguen.

La confusión de Gonella fue tal que casi pudo oírse, y verse, pero el agente hizo lo que se le ordenaba, salió sorteando la puerta sin tocarla y bajó la escalera.

Zubrinic miraba la escena y consideraba las consecuencias que podía tener el descubrimiento de sus propias huellas dactilares en muchos de los papeles y las cajas que había en aquel desván. Él podría explicar su presencia diciendo que había estado examinándolos durante la espera. O también podría decir que había estado en el desván inspeccionando el contenido de algunas cajas durante una visita anterior, no autorizada, a la vivienda.

El comisario dio un paso hacia las cajas. En la penumbra, pisó la bola de cristal que contenía el pesebre, resbaló y cayó sobre una rodilla, aplastando un objeto que, bajo su peso, se rompió en afilados fragmentos que atravesaron el pantalón y le desgarraron la piel. Aturdido por la caída y el dolor repentino, tardó un momento en levantarse. Miró, primero, la rodilla, donde empezaban a filtrarse unas gotitas de sangre a través de la tela y, después, al suelo, para ver sobre qué había caído.

Era otra Virgen, la tercera. La rodilla de Zubrinic le había aplastado el tronco dejándola exánime pero había respetado la cabeza y las piernas. Ella lo miraba con sonrisa plácida y ojos indulgentes. Instintivamente, él se agachó para socorrerla o, por lo menos, para poner los fragmentos en lugar seguro. Apoyó en el suelo la rodilla sana, haciendo una mueca por el dolor que le causaba doblar la otra y extendió las manos para recoger lo que había quedado de la imagen. Entre el yeso triturado había un rollo de papel aplastado. Zubrinic, intrigado, miró la base de los pies de la virgen y vio un orificio ovalado con un tapón de corcho, como el de un salero. Se había hecho con el papel un rollito muy ajustado que se había introducido en la imagen.

Zubrinic guardó la cabeza y las piernas en el bolsillo de su eterna y fiel campera de verano color beige y salió a la escalera. Fue a la ventana del fondo y, asiendo el ángulo superior izquierdo del papel con la punta de los dedos, trató de desenrollarlo con el borde de las uñas de la mano derecha, confiando en no dejar huellas. Pero el bucle del papel volvía a cerrarse sin que él pudiera leer lo que tenía escrito.

Oyó a Gonella que decía, mientras subía la escalera:

-Ya vienen, comisario.

Cuando Zubrinic vio aparecer al agente en el rellano, lo llamó con una seña. Volvió a arrodillarse, extendió el papel con las yemas de los dedos de ambas manos y dijo a Gonella que sujetara el borde superior con el canto de la bota. Afianzado el papel, Zubrinic lo desenrolló usando los meñiques y mantuvo la hoja plana con los índices.

El papel llevaba el membrete del Departamento de Graduados de la Universidad del Museo Argentino, estaba fechado doce años antes y dirigido a la Sección de Personal de la Oficina Central de PAMI y, después de un atento saludo, decía que “Sentimos comunicarles que, en los archivos de nuestro Departamento, no consta que haya concedido a un estudiante llamado Alfredo Omar Lanz el título de Abogado, ni tampoco que un estudiante con el nombre y la fecha de nacimiento indicados haya estado matriculado en esta Facultad”. La firma era ilegible, pero el sello de la universidad no admitía duda.

El comisario miraba el papel, resistiéndose a creer lo que decía. Trató de recordar los diplomas que había visto en la pared del despacho de Lanz, entre ellos, el pergamino que lo proclamaba abogado. Zubrinic no se había molestado en leer el nombre de la universidad que lo otorgaba.

La carta estaba dirigida al Director del Departamento de Personal, pero ya se sabe que los directores no abren su correo, para eso están los secretarios y otros subalternos, que abren, leen y toman nota de las cartas oficiales que certifican que los títulos que se reivindican son auténticos. Ellos archivan las cartas de recomendación, anotan las calificaciones obtenidas en los distintos exámenes y guardan todas las piezas del rompecabezas burocrático que, una vez compuesto, da la imagen de la persona digna de figurar en el cuerpo de funcionarios del Estado y ascender por el escalafón.

O quizá, pensó Zubrinic, de vez en cuando, quizá, de manera aleatoria, comprueban las reivindicaciones que se hacen en los cientos, miles, de solicitudes que se reciben para cada puesto. Y, si descubren un engaño, pueden hacerlo público y descalificar a esa persona, quizá definitivamente, para optar a un puesto en la función pública, o bien utilizar la información para fines particulares, en provecho propio.

Tuvo una visión de la familia Modarelli reunida alrededor de la mesa o, quizá, delante del televisor. Papá Mono enseña a Mamá Mona lo que él y el Monito han traído del trabajo.

Zubrinic agitó la cabeza para ahuyentar la visión, tomó el papel por una punta y se levantó.

-¿Qué es eso, señor?- preguntó Gonella señalando la carta.

-Esto es el motivo por el que mataron a la señora Modarelli- dijo Zubrinic y, sosteniendo el papel por la punta, bajó a esperar al equipo del laboratorio.

Abajo, habló con el alemán, ahora en un primitivo inglés, y le preguntó si alguien había tratado de entrar en el edificio desde que él estaba ahí. Le respondió que no había visto a nadie, aparte del hijo de la señora Modarelli, que hacía dos días le había pedido que le abriera la puerta diciendo que había olvidado las llaves- o, por lo menos, eso le pareció que decía, agregó con estúpida sonrisa de disculpa- y que tenía que subir al desván, para comprobar que las ventanas estuvieran cerradas. No; no le había pedido identificación: ¿qué otra persona iba a querer subir al desván? Llevaba arriba unos veinte minutos cuando él se fue a su clase de tango, y cuando volvió, ya no estaba o, por lo

menos, no le oyó bajar la escalera. No; no subió al desván a mirar, y no le parecía correcto entrar en otros sitios del edificio.

Zubrinic tardó un momento en comprender que hablaba en serio, pero, al recordar que era alemán, le creyó.

-¿Podría describir al hijo?- preguntó el comisario.

-Alto- dijo. Y guapo- agregó.

-¿Qué edad diría que tenía?

-Pues cuarenta y tantos, como yo. Y casi tan alto como yo.

-Bien- dijo el comisario y, cambiando de tema, preguntó:- ¿A quién paga el alquiler?

-A la señora Feldm... empezó el hombre, pero se interrumpió:

-El departamento me lo prestó una persona amiga. No pago nada, solo el consumo de luz, gas, esas cosas.

Zubrinic dejó asentarse la mentira y preguntó:

-Ah. ¿Nora Brazzola es amiga suya?

-Bueno, es amiga de una amiga.

-Claro- dijo Zubrinic y, durante un momento, pensó en decirle que le tenía sin cuidado si se pagaban impuestos por el alquiler, pero decidió que éste era un detalle sin importancia y lo desestimó-. ¿Reconocería al hijo si volviera a verlo?

-Él observó en su rostro la pugna entre la instintiva integridad y el respeto de los ciudadanos alemanes y la prevención que había creado en ellos todo lo que les habían contado sobre las maneras de aquellos sudamericanos tan poco fiables.

-Sí- dijo el alemán, respuesta que satisfizo al comisario.

Le dio las gracias, dijo que le llamaría si era necesaria la identificación y bajó a la calle. Había un auto de la policía junto a la vereda, de la que Jorge Sánchez y dos técnicos estaban descargando su pesado equipo en la calle.

Zubrinic fue hacia el vehículo, sosteniendo el papel ante sí como si fuera un pescado recién capturado en Chascomús que quisiera ofrendar a la Catona. Al ver a Zubrinic, el técnico se agachó, abrió una de las maletas que tenía en el suelo y sacó una bolsa de plástico transparente que sostuvo abierta mientras Zubrinic introducía en ella la carta.

-El desván. Alguien estuvo revolviendo allá. Necesito un informe completo, huellas y todo lo que pueda permitirnos identificar al sujeto.

-¿Ya sabe quién ha sido?- preguntó el técnico de mayor rango, un tal Taranto.

Zubrinic asintió.

-¿Puedo llevarme la "lancha"?

-Pero después tendrá que devolvérsela. Tenemos que transportar todo esto- dijo Taranto señalando las valijas que tenía a sus pies.

-De acuerdo- dijo el comisario. Antes de subir a bordo, se volvió hacia el técnico-. Por cierto, en todo lo que hay en el desván no encontrarán huellas más.

El técnico lo miró largamente, con aire especulativo y respondió:

-Por supuesto.- Se agachó, cargó con uno de los bultos y fue hacia la puerta de lo que había sido la casa de la señora Modarelli.

CAPÍTULO XXIII

Zubrinic reprimió el impulso de decir al chófer que lo llevara a la calle Piedras, para una confrontación improvisada con Lanz. La voz de la prudencia le dijo que no era el momento para heroicidades de gaucho matrero ni duelos cara a cara, sin testigos que pudieran dar fe de lo que se decía. Siempre que había cedido a este impulso, había salido perdiendo él y, en definitiva, las víctimas, que tenían derechos, como mínimo, a que se investigara a sus asesinos.

Cuando el patrullero llegó al Departamento, Zubrinic subió a la oficina de los agentes. Battipede levantó la mirada al entrar su superior, y ensanchó la cara en una sonrisa marcada por una confusión que se trocó en alivio cuando el comisario sonrió a su vez. El inspector se levantó y fue hacia la puerta.

Zubrinic le indicó con una seña que lo siguiera, dio media vuelta para dirigirse a su despacho, se detuvo un momento para dejar que Battipede se situara a su lado y dijo:

-Es Lanz.

-¿El del PAMI?

-Sí, encontré el motivo.

Cuando estuvieron sentados en el despacho, el comisario dijo:

-Subí hasta el desván a echar otro vistazo a todos aquellos trastos y encontré una carta de la Universidad del Museo escondida en una de las vírgenes. La habían enrollado e introducido en el interior. Me tropecé con ella – dijo, sin más explicaciones. Battipede lo miraba en silencio-. Está fechada hace doce años y dice que por su Facultad de Derecho no se matriculó ni, mucho menos, se recibió de abogado, ningún Alfredo Lanz.

Battipede juntó las cejas con perplejidad.

-Bueno, ¿y qué?

-Eso significa que mintió al solicitar el puesto, dijo que tenía una titulación profesional y no la tenía- explicó Zubrinic.

-Eso ya lo entiendo- dijo el inspector, paciente-. Pero no veo la relación.

-Su posición, su carrera, su futuro, todo se iba al carajo si Modarelli enseñaba la carta a alguien- explicó Zubrinic, sorprendido de que Battipede no lo entendiera.

El inspector hizo un ademán como para espantar moscas.

-Hasta ahí lo entiendo. Pero, ¿por qué tiene que ser tan importante? Al fin y al cabo, no era más que un empleo. ¿Va alguien a matar por eso?

La respuesta a esta pregunta le vino a Zubrinic de su conversación con la Catona, y la recibió con sorpresa:

-Era la soberbia-dijo-. No la lujuria ni la avaricia: la soberbia. Nos habíamos equivocado de pecado- explicó a un Battipede totalmente desconcertado.

Era evidente que el inspector no le seguía.

-Sigo sin entenderlo- repitió. Y luego-: ¿Vamos a detenerlo o no?

Zubrinic no creía que hubiera prisa. El “señor”- que ya no “doctor”- Lanz no huiría abandonando posición y familia. El instinto decía al comisario que Lanz era de los que se mantenía en sus trece, que hasta el último momento diría que no tenía idea de qué le hablaban ni de cómo su nombre podría estar relacionado con el de una anciana que había tenido la desgracia de ser asesinada. A Zubrinic ya le parecía oír sus explicaciones y estaba seguro de que éstas irían cambiando camaleónicamente a medida que la policía

fuera aportando más y más pruebas incriminatorias. Lanz había engañado más de una década y ahora trataría de seguir engañando.

Battipede se revolvió en su silla, impaciente, y Zubrinic le dijo, para tranquilizarlo:

-Necesitamos que sus huellas estén en las cosas del desván. En cuanto Taranto las consiga, podremos pensar en traerlo para el interrogatorio.

-¿Y si se niega a dejar que se las tomemos?

-Cuando lo tengamos acá, no se negará- dijo Zubrinic con absoluta certeza-. Sería un escándalo: la prensa se lo comería vivo.

-¿Y no será un escándalo haber matado a una pobre vieja?

-Sí, pero otra clase de escándalo del que creará poder salir airoso. Dirá que él era una víctima, que no sabía lo que hacía, que estaba fuera de sí cuando la mató.- Antes de que Battipede pudiera preguntar, continuó:- Negarse a que le tomemos las huellas, sabiendo que es inevitable, daría impresión de cobardía y él no haría tal cosa.- Desvió la mirada hacia la ventana un momento, la volvió otra vez hacia su colega y dijo:- Piénselo: hace años él creó a este personaje, este falso doctor, y no saldrá del papel, por más que nosotros hagamos o podamos demostrar. Lleva tanto tiempo dentro de esa ficción que, probablemente, ya se habrá identificado con ella o, por lo menos, pensará que se ha ganado el derecho a un trato especial por su posición.

-¿Así que...? preguntó el inspector, que parecía aburrido de tanta especulación y deseoso de información práctica.

-Así que, esperaremos a Taranto.

Battipede se puso en pie, fue a decir algo, lo pensó mejor y se marchó.

Zubrinic se quedó sentado a su mesa, pensando en el poder y en los privilegios que muchos de los que lo detentan creen que les otorga. Hizo un repaso mental de sus compañeros de trabajo, buscando exponentes de esta actitud y, cuando su atención recayó en Sánchez, se levantó apoyando las manos en el escritorio y bajó al despacho del teniente:

-Avanti- gritó Sánchez en respuesta al golpe que Zubrinic dio en la puerta con los nudillos.

El comisario entró en el despacho dejando la puerta abierta. Al ver a su superior, el teniente hizo amago de levantarse, movimiento que podía interpretarse como una muestra de deferencia lo mismo que como un intento de buscar una postura más cómoda.

-¿Puedo servirle en algo, comisario?- preguntó Sánchez arrellanándose en su asiento.

-¿Qué hay de la señora Baricco?

La sonrisa de Sánchez era un mal remedo de afabilidad.

-¿Puedo preguntar a qué se debe su interés, señor?

-No- respondió Zubrinic en un tono tan seco que el teniente no pudo disimular la sorpresa.

-¿Qué hay de su investigación sobre la señora Baricco?

-Supongo que habrá hablado con el subdirector Balmaceda y él le habrá dado permiso para intervenir en esto, señor- dijo Sánchez suavemente.

-Teniente, le hice una pregunta- insistió Zubrinic.

-Pregunté a varios vecinos sobre sus movimientos durante la mañana del crimen, señor- dijo, lanzando una rápida mirada al comisario y, en vista de que éste no reaccionaba, siguió:- También llamé a su empresa, para comprobar si era cierta la historia de que había estado en Berlín.

-¿Y lo preguntó en esos términos, teniente?

Sánchez hizo un pequeño gesto de duda y dijo:

-No estoy seguro de haber comprendido, señor.

-¿Es así cómo le preguntó: si era cierta la historia que ella había contado a la policía? ¿O preguntó, simplemente, dónde estaba?

-Pues no recuerdo, señor, lo lamento. Me preocupaba más la verdad que las sutilezas del lenguaje.

-¿Y qué respuestas obtuvo en sus esfuerzos por descubrir la verdad, teniente?

-No encontré a nadie que contradijera su historia, señor, y parece que estuvo en Berlín en esas fechas.

-O sea, ¿ella decía la verdad? -preguntó Zubrinic casi sonriendo.

-Eso parece- dijo Sánchez con exagerada reticencia, y agregó-: De todos modos, aún podría encontrar a alguien que lo desmintiera.

-Bien, teniente, eso no ocurrirá.

Sánchez levantó la mirada, sobresaltado.

-¿Cómo dice, señor?

-Eso no ocurrirá, teniente, porque, a partir de este momento, va usted a dejar de hacer preguntas acerca de la señora Baricco.

-Me temo que mi deber de... -empezó Sánchez.

Zubrinic perdió los estribos. Se inclinó sobre la mesa hasta que su cara estuvo a unos centímetros de la del teniente. Notó que el aliento le olía ligeramente a ajo.

-Si pregunta a alguien más, teniente, lo degrado.

Sánchez echó la cabeza hacia atrás, con la boca abierta de estupefacción.

Apoyando las palmas de las manos en la mesa, Zubrinic se inclinó aún más y otra vez acercó la cara a la de Sánchez.

-Si me entero de que habla de ella con alguien o insinúa que ella pudo tener algo que ver con esto, haré que lo echen de acá, teniente.- Zubrinic levantó la mano derecha, agarró a Sánchez por la solapa de la camisa y tiró de él. La cara del comisario estaba teñida de sangre y crispada de furor-. ¿Me entendió, teniente?

Sánchez trató de hablar, pero sólo pudo abrir la boca y volver a cerrarla.

El comisario lo soltó violentamente y salió del despacho. En el pasillo casi chocó con Gonella, que en aquel momento se escapaba de la puerta de Sánchez.

-Ah, comisario- dijo el agente con cara impasible-. Venía a preguntarle por los turnos de guardia para la próxima semana, pero ya oí que acaba de fijarlos con el teniente Sánchez, así que no lo molestaré con eso.- Con expresión serena y respetuosa, Gonella hizo un saludo impecable y Zubrinic volvió al despacho.

Ahí se quedó esperando, seguro de que Taranto le llamaría para comunicarle lo que hubieran encontrado en el desván de la señora Modarelli. Llamó a Lubertino, a Benítez y a Dessi para decirles que podían abandonar las pesquisas, ya que creía haber encontrado al asesino. Ninguno le preguntó quién era y todos le dieron las gracias por llamar.

También llamó a Fernanda y le habló del probable motivo de la llamada a la oficina del PAMI.

-¿Por qué le llamaría, así, de improviso, aquella última vez?- preguntó ella-. Las cosas habían seguido la misma pauta durante más de una década y ella sólo le había llamado otra vez, al salir el peso de la convertibilidad.-Antes de que él preguntara, ella explicó-: sí, estuve comprobando sus llamadas durante los últimos años. Y entre ellos sólo hubo esas dos.- Hizo una pausa larga y dijo-: No es lógico.

-A lo mejor, se le despertó la codicia.

-¿A los ochenta y tres años?- preguntó Fernanda-. Deje que lo piense- dijo después, y colgó.

Al cabo de una hora, Zubrinic bajó al despacho de Taranto, pero no pudo encontrarlo, y uno de los técnicos le dijo que su jefe aún estaba en el escenario de un crimen en Villa Crespo. Zubrinic se acercó al bar próximo al Departamento y tomó un vaso de vino y un pebete de cocido y queso. Salió a la calle. Después volvió a su despacho.

Llevaba ahí poco más de diez minutos, tratando de ordenar los objetos acumulados en los cajones del escritorio, cuando Fernanda apareció en la puerta. Llevaba zapatos verdes, advirtió él, antes de que la mujer dijera:

-Tenía usted razón, comisario.- Y, en respuesta a su muda pregunta, explicó:- Se le despertó la codicia.- Antes de que él pudiera pedir una aclaración, continuó:- Usted dijo que ella no hacía nada más que mirar la tele, ¿verdad?

Él tardó un tiempo en desviar la atención del verde de los zapatos, y cuando lo hubo conseguido, dijo:

-Sí, todos los vecinos hablaban de eso.

-Mire esto- dijo ella. Se acercó a la mesa y le entregó una fotocopia de los programas de televisión que todos los días aparecían en la sección Espectáculos de Clarín-. Mire a las once de la noche, comisario.

Él vio que el Canal 26 presentaba un informe tipo documental titulado “Nuestros profesionales”.

-¿Nuestros profesionales de qué?- preguntó él.

Haciendo caso omiso de la pregunta, ella dijo:

-Mire la fecha.

-Cuatro de enero, tres días antes del asesinato, la víspera de la llamada de la Modarelli al PAMI.

-¿Y bien?- preguntó él devolviéndola el papel.

-Uno de “nuestros profesionales” era el doctor Alfredo Lanz, director de la oficina central del PAMI, entrevistado por Charlotte Vorms.

-¿Cómo lo encontró?- La sorpresa de Zubrinic era tan intensa como su admiración.

-Hice una búsqueda cruzando su nombre con los programas de televisión de las últimas semanas- dijo ella-. Me parecía que tenía que ser la única manera de que la Modarelli podía haberse enterado de algo, ya que todo lo que hacía era ver televisión.

-¿Y qué más hizo?

-Hablar con la periodista. Me dijo que era el típico programa de relleno: entrevistas a burócratas acerca de su apasionante trabajo en la administración pública. Cosas que ponen a última hora y que nadie ve.

Zubrinic pensó que la descripción valía para todos los programas, pero sólo dijo:

-¿Le preguntó por Lanz?

-Sí, señor. Me dijo que la entrevista fue una de tantas: que él habló mucho y con falsa modestia de su carrera y de sus éxitos y, como disimulaba tan mal su vanidad, ella lo dejó hablar más de lo que acostumbra a estos individuos, sólo para ver hasta dónde llegaba.

-¿Y hasta dónde llegó?

-Hasta mencionar, según la Vorms, con un alarde de recato, la posibilidad de un traslado al Ministerio de Economía.

Zubrinic consideró las implicaciones y apuntó:

-¿Con el sustancial aumento de sueldo correspondiente?

-Me dijo que esta posibilidad Lanz sólo la insinuó. Y recuerda que deseaba, por encima de todo, trabajar en pro de la grandeza de Argentina, sin banderías ni exclusiones.- ella esperó unos instantes y agregó:- También me dijo que, por lo que sabe de la política local, Lanz tiene tantas posibilidades de ir a Economía como Berlusconi de ser más educado que alto.

Después de una larga pausa, Zubrinic dijo:

-Eso es.

-¿Decía?

-La avaricia. Incluso a los ochenta y tres años.

.Sí- respondió ella. Es triste.

Taranto, al que raramente se veía en el edificio fuera de su oficina, apareció en la puerta.

-Lo estaba buscando- dijo a Zubrinic con acento de reproche. Saludando a Fernanda con un movimiento de cabeza, entró en el despacho y puso varios objetos en la mesa. Mirando al comisario, agregó:- Deme una muestra.

Zubrinic vio la ficha con los espacios marcados para la huella de cada dedo. Taranto abrió una caja metálica plana y agitó una mano con impaciencia. Zubrinic dio la vuelta a la mesa y le ofreció la mano derecha. Una vez estuvieron estampadas las huellas de una mano, la operación se repitió con la otra.

Taranto deslizó la cartulina hacia un lado y apareció otra debajo.

-Ya puestos, podría tomar las tuyas, señorita- dijo.

-No, muchas gracias- respondió ella, alejándose hacia la puerta.

-¿Cómo?- preguntó Taranto en un tono más perentorio que el de simple pregunta.

-Prefiero que no me las tome- dijo ella, y con esto se cerró la discusión.

Taranto se encogió de hombros, tomó la ficha de Zubrinic y la miró atentamente.

-Yo diría que en el desván no hay nada que se le parezca, pero he encontrado muchas huellas de otra persona, probablemente, hombre y corpulento.

-¿Muchas?- preguntó el comisario.

-Da la impresión de que ha tocado todo- respondió Taranto y, al ver que Zubrinic lo escuchaba con atención, agregó:- Hay un juego de las mismas huellas en la cara inferior de la mesa de la cocina. Bueno, supongo que son las mismas, pero tendremos que enviarlas a la Interpol como mínimo, para estar seguros.

-¿Cuánto tardarán?- preguntó el comisario.

Otra vez se encogió de hombros Taranto.

-¿Una semana? ¿Un mes?- Introdujo la ficha en un sobre de plástico y guardó la caja de tinta en el bolsillo.- ¿Conoce a alguien? ¿En Bruselas? ¿Para agilizar las cosas?

-No- admitió Zubrinic.

Los dos hombres miraron a la Guillot con ojos suplicantes.

-Veré que puedo hacer- dijo Fernanda.

CAPÍTULO XXIV

Zubrinic pasó la hora siguiente solo en su despacho, estudiando la mejor forma de encararse con Lanz. Se paseaba entre la mesa y la ventana, sin poder concentrarse, tenía la mente bloqueada, todos sus pensamientos se desviaban hacia la idea de los siete pecados capitales. Ninguno de ellos, advirtió, estaba ya castigado por la ley; a lo sumo, se consideraban defectos de carácter. El robo era una opción y la avaricia y la envidia, simplemente los vicios que predisponían a él. Lo mismo podía decirse de la pereza: la experiencia le había enseñado que muchos delinquen por la creencia, nacida de la pereza, de que cuesta menos robar que trabajar. El chantaje era otra opción, y a él conducían los tres mismos vicios.

Zubrinic había visto en Lanz las señales de la soberbia y estaba convencido de que en ella residía la causa de su crimen. Cualquier persona “normal” pensaría que el descubrimiento de su engaño había de costarle poco más que un bochorno. Quizá perdiera su cargo en el PAMI, pero un hombre con sus relaciones no tendría dificultad para encontrar trabajo; la burocracia del Estado podría relegarlo a algún oscuro puesto en el que seguiría cobrando el mismo sueldo mientras avanzaba sin tropiezo hacia la jubilación.

Pero ya no sería el “doctor” Lanz, ya no sería invitado por la televisión a hablar a una atenta periodista de sus perspectivas de conseguir un cargo en Economía. La noticia de un fraude no duraría ni una semana y sólo causaría un pequeño revuelo en los periódicos; no era cuestión que interesara al gran público más allá de las cuatros paredes del PAMI. La memoria de ese público era cada día más corta, condicionada como estaba a no superar la duración de un video MTV Latino, de manera que Lanz, doctor o no, estaría olvidado antes de un mes. Pero su soberbia no le hubiera permitido soportar el trance.

Finalmente, lo venció la curiosidad, y llamó a Battipede.

-Vamos a buscarlo- fue todo lo que dijo. Al bajar, pasó por el despacho de Taranto a recoger una de las fotocopias de la Universidad del Museo Argentino que había hecho el técnico.

Decidieron ir andando y, por el camino, hablaron de Lanz, sin que ninguno de los dos fuera capaz de explicarse plenamente su conducta. En esta incapacidad para entenderlo, veía Zubrinic prueba no sabía si de miopía de criterio o de falta de imaginación.

Sin pararse en Mesa de Entrada, Zubrinic fue directamente hacia la escalera y subió al tercer piso. Esta mañana había mucha animación en las oficinas, gente que iba y venía con papeles y carpetas en la mano, las hormigas laboriosas que pululan por las oficinas públicas. La mujer de las bolitas en la sien estaba detrás de su mesa y no parecía más interesada en la realidad que la vez anterior que el comisario la había visto. Miró a los recién llegados como si no los viera. Tampoco parecía enterada de la presencia de la media docena de personas que estaban sentadas en las sillas alineadas a lo largo de las paredes y que observaron a Zubrinic y Battipede con curiosidad.

-Venimos a ver al director- dijo Zubrinic.

-Me parece que está en su despacho- respondió ella agitando con displicencia sus dedos de uñas verdes. El comisario le dio las gracias y fue hacia la puerta del pasillo que conducía al despacho de Lanz, pero tuvo que volverse y llamar a Battipede, que se había

quedado petrificado delante de la recepcionista y del cartel sobre su mesa que decía: DRA. MIRIAM MOLINA, SECRETARIA.

La puerta del despacho de Lanz estaba abierta, y entraron sin llamar. Lanz estaba sentado a su escritorio; era el mismo hombre pero, en algo que Zubrinic tardó en definir, ya no era el mismo. Lanz los miraba a través del despacho con unos ojos que recordaban los de la mujer de la entrada. También eran los mismos ojos color castaño, pero parecían experimentar una dificultad de enfoque similar a la que se apreciaba en los de la recepcionista.

Zubrinic cruzó el despacho y se paró delante de la mesa de Lanz. Sólo tuvo que volver la cabeza ligeramente para leer el texto del título, en su marco de madera labrada, por el que la Universidad del Museo Argentino le otorgaba a Alfredo Omar Lanz el título de Abogado.

-¿De dónde lo sacó "señor" Lanz?- preguntó Zubrinic señalando el título con el pulgar de la mano derecha.

Lanz carraspeó, se irguió en su sillón ergonómico y dijo:

-No sé a qué se refiere.

Zubrinic se encogió de hombros, sacó del bolsillo la fotocopia que le había dado Taranto, la desdobló y la hizo resbalar sobre el escritorio con indiferencia.

-¿Y ésto, "señor" Lanz, sabe a qué se refiere ésto?- preguntó el comisario con severidad.

-¿Qué es eso?- preguntó Lanz sin atreverse a mirarlo.

-Lo que usted buscaba en el desván- respondió Zubrinic.

Lanz miró a Battipede, otra vez a Zubrinic y bajó la mirada a la carta. Zubrinic observó que movía los labios al leerla, vio cómo los ojos del hombre, al llegar al pie de la carta, volvían al encabezamiento. Lanz volvió a leer, más despacio.

Levantó la mirada hacia el comisario y dijo:

-Tengo familia.

Momentáneamente, Zubrinic estuvo tentado de entrar en discusión, pero calló, porque ya conocía los argumentos: Lanz diría que tenía que defender la felicidad de su familia, su propia reputación, y hasta su honor, de aquella mujer que amenazaba con destruirlo. Si esto hubiera sido una obra de teatro o una telenovela, Zubrinic no hubiera tenido ninguna dificultad para escribir los diálogos y, de haber sido el director, hubiera sabido exactamente qué instrucciones dar al actor que hacía de Lanz, para imprimir en cada frase la entonación de asombro, indignación y, sí, de orgullo herido.

-Queda usted arrestado, "señor" Alfredo Omar Lanz- dijo al fin Zubrinic-, por el asesinato de Alessandra Modarelli.- Lanz lo miraba con unos ojos que eran espejos, si no de su alma, sí de la vacuidad que había en los de la recepcionista.- Acompáñenos- terminó el comisario, dando un paso atrás. Lanz se puso en pie apoyando la palma de las manos en la mesa. Antes de volverse hacia la puerta, Zubrinic vio que las manos del hombre estaban encima de la carta de la Universidad del Museo Argentino, pero Lanz parecía no advertirlo.

Una semana después, Lanz ya estaba otra vez en su casa, exento de prisión y a la espera del juicio. No volvió al despacho, si bien no había sido cesado de su cargo de

Director de PAMI sino puesto en situación de baja indefinida, durante el lánguido proceso de su caso.

En el curso de la instrucción, Lanz admitió haber matado a la señora Modarelli, si bien negó conservar recuerdo alguno de la agresión en sí. Ella le había llamado por teléfono, dijo, porque quería hablar con él. En un principio, él se negó, pero ella lo amenazó, le dijo que, si él sabía lo que le convenía, debía llamarla, y colgó. Al día siguiente, él la llamó, esperando que se mostrara más razonable, pero ella volvió a amenazarle, y él no tuvo más remedio que ir a verla.

En un principio, ella dijo que quería más dinero, mucho más, cinco veces más. Y, cuando él respondió que no podía pagarlo, ella dijo que lo había visto en la televisión y que sabía que iban a darle un puesto en el Gobierno y que podría pagarlo. Él trató de razonar con ella, le dijo que aquel puesto era sólo una esperanza, más que algo seguro. Pero ella se negó a escucharle. Cuando él le dijo que tenía una familia a la que mantener, ella empezó a insultarle y a gritar que ella ya no tenía a su hijo, que había muerto y que él tendría que pagar también por eso. Él trató de calmarla, pero la mujer estaba histérica, dijo, y trató de golpearle.

Entonces ella gritó que ya no quería dinero y que iba a decirle a todo el mundo lo que él había hecho. Las ventanas estaban abiertas y la mujer empezó a andar hacia ellas, diciendo que iba a gritar a toda la ciudad que él no era un doctor sino un farsante. Después, mantenía él, no recordaba nada más, hasta que la vio en el suelo. Dijo que verla ahí fue como una pesadilla. A la pregunta del fiscal, Lanz dijo que no recordaba haberla golpeado, que no supo lo que había hecho hasta que vio que tenía en la mano un santo ensangrentado.

El fiscal, al oír esto, pensó que era una excusa muy pobre, pero toda la indagatoria, orientada como estaba a la “exoneración”, no era mucho más imaginativa. El abogado de Lanz había mantenido un gesto solemne durante toda la declaración y en algún momento hasta se había permitido algún sonido de conmiseración.

El miedo, dijo Lanz, le hizo salir de la casa. No; no recordaba haber limpiado la imagen de San José María Escrivá y Balaguer. Porque él no se acordaba de nada ¿comprenden?. No se acordaba de haberla matado, sólo de que ella gritaba y le pegaba.

La visita de la policía a su despacho lo indujo a registrar el desván de la señora Modarelli. Sí, sabía lo de la carta: durante años aquello le había quitado el sueño. Él había agregado el inexistente título a su currículum hacía años, después de casarse, cuando necesitaba un empleo mejor para mantener a la familia. Había pagado a una imprenta para que le hiciera el diploma, a fin de aumentar sus probabilidades de conseguir un buen cargo. Dijo que vivía con el temor de ser descubierto, y esto debió de afectarlo cuando se encontró con la señora Modarelli. Él era víctima tanto de su propio terror como de la avaricia de ella.

La noche que siguió a la declaración indagatoria donde se le concedió la exención de prisión a Lanz, hablando con la Catona, Drago mencionó la palabra “víctima” que había utilizado el aún en funciones director del PAMI y dijo que sería la clave de la defensa.

-Ya ves, él es una víctima- dijo. Estaban en el estudio de ella; habían dejado a Luquitas y Verena en la terraza, dedicados a lo que hacen los jóvenes a la pálida luz de un anochecer de finales de verano, ante una vista de los tejados de Buenos Aires: nada.

-Y la señora Modarelli no lo es- dijo la Catona. No lo dijo en tono de interrogación sino de aseveración, una verdad que abarcaba a todos los que ya estaban muertos y, por lo tanto, ya no tenían utilidad.

-¿Qué le pasará?- preguntó la Catona.

Drago no podía responder a esto con exactitud, pero sí hacer una suposición aproximada.

-Probablemente lo declararán culpable, pero con muchos atenuantes, y se tardará unos cuántos años en llegar a eso.

-¿Y después?

-Después se cursarán todos los recursos posibles, y entonces todo empezará a arrastrarse por los tribunales, pero como el caso estará pendiente de apelaciones y como él no será considerado un peligro para la sociedad, él seguirá en su casa.

-¿Hasta cuándo?

-Hasta que se falle la apelación.- Adelantándose a su pregunta, él dijo-. Lo cual llevará varios años más y, aún en el caso de que se confirmara la sentencia, lo más probable es que se decida que ya ha pasado bastante tiempo y le concedan la "probation", seguramente a cumplir en algún consulado argentino en Europa.

-¿Así, sin más?

-Puede haber variaciones, desde luego- dijo Drago Zubrinic alargando la mano hacia el libro que había abandonado antes de cenar.

-¿Y eso es todo?- preguntó la Catona, esforzándose por mantener la voz átona.

Él asintió y se acercó el libro. Como ella no decía nada, preguntó:

-¿Todavía estás leyendo el libro de religión de Verena?

Ella movió la cabeza negativamente.

-No, ya abandoné.

Se quedaron en silencio y a ambos les pareció oír a Luquitas que, contemplando aún los tejados de Buenos Aires, decía:

-... de grande voy a ser abogado y trabajaré en PAMI.

FIN

TODOS LOS PERSONAJES DE ESTA FICCIÓN SON ABSOLUTAMENTE REALES.
LA CALLE RECONQUISTA ES AHORA PEATONAL Y LA MODARELLI AÚN NO HA SIDO ASESINADA.

José Luis Pizzi, Berlín, Octubre de 2009.-